

BASE MARCIANA «JUNO»

Joseph Berna

CIENCIA FICCION



BASE MARCIANA «JUNO»

Joseph Berna

CIENCIA FICCION


La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

468—La diosa que llegó de las estrellas. - Ralph Barby.

469—La muerte helada. - Ralph Barby.

470—En las fronteras galácticas. - A. Thorkent.

471—Retrato de un hombre imposible. - KelltonMclntire.

472—Flecha estelar. - Clark Carrados.

JOSEPH BERNA

BASE
MARCIANA «JUNO»

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 473

Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA. S A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 24.757 – 1979

Impreso en España -Printed in Spain

1.a edición: septiembre, 1979

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S. A. Mora, la Nueva. 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1.979

CAPÍTULO PRIMERO

RosalynAshford canturreaba bajo la ducha, mientras el agua resbalaba por su cuerpo desnudo.

Un cuerpo de sólo diecinueve años, pero al que igualmente se le podían conceder veintidós o veintitrés, por lo espléndidamente formado que estaba.

El rostro ya era otra cosa.

No, no es que Rosalyn fuese fea.

Era bonita, muy bonita.

Pero por su rostro, aniñado, picaro y travieso, no se le podían conceder más de diecisiete años.

Influía mucho en ello su pelo, muy rubio y muy corto; sus ojos,

brillantes e inquietos; y su nariz, pequeña y graciosa, que aleteaba con mucha frecuencia.

En suma, que parecía una niña hecha prematuramente mujer.

Y qué mujer.

En la base marciana «JUNO», llevaba a todos los hombres de cabeza. Incluso a los casados, algunos de los cuales ya habían tenido discusiones con sus mujeres a causa de la hija de Graham Ashford, jefe superior de la Base.

Y eso que Rosalyn sólo llevaba una semana escasa en Marte...

Había terminado muy recientemente sus estudios en la Tierra, y le faltó tiempo para embarcarse en una astronave y reunirse con su padre, sin ni siquiera consultar con él.

Quiso darle una sorpresa.

Naturalmente, pero...

La base marciana «JUNO» no era un lugar de diversión, sino un centro de trabajo, que precisaba de todo su tiempo y toda su atención, y Graham Ashford intuía que Rosalyn le iba a causar problemas con su presencia en ella.

De ahí que intentara convencerla para que regresase a la Tierra, pero Rosalyn se negó rotundamente, alegando, entre otras razones, que en la Tierra no tenía a nadie.

Y eso era cierto.

La esposa de Graham Ashford falleció cuando Rosalyn sólo contaba once años.

Dos años más tarde, concretamente en el 2005, se construía la base marciana «JUNO», y Graham Ashford era destinado a ella como jefe supremo.

Rosalyn ingresó entonces en un colegio, pues no tenía más parientes que su padre, y éste no podía llevarla con él a Marte.

Un par de veces al año, Graham Ashford viajaba a la Tierra expresamente para ver a su hija.

Desgraciadamente, eran unas visitas muy breves, y Rosalyn,

aunque comprendía las obligaciones de su padre, siempre se quedaba muy triste.

Ella insistía una y otra vez para que su padre la llevase con él a Marte, pero Graham Ashford le respondía siempre lo mismo: que debía seguir en aquel colegio hasta terminar sus estudios, y entonces ya hablarían del asunto.

Rosalyn estudió con tanto ahínco que superó el último curso dos años antes de lo previsto, estimulada por el deseo de reunirse con su padre en Marte.

Por supuesto, Graham Ashford ignoraba por completo que su hija llevase los estudios tan adelantados.

Rosalyn se lo ocultó deliberadamente, pues se temía que, si trataban el «asunto» en la Tierra, su padre expondría alguna razón que la obligase a permanecer en ella, y su esfuerzo de aquellos últimos años no serviría para nada.

Por eso, muy astutamente, se presentó en Marte sin avisar.

Sabía que, una vez allí, sería muy difícil que su padre la hiciese volver a la Tierra.

Lo intentaría, desde luego; pero ella se opondría con firmeza, rebatiendo todas y cada una de las razones que él argumentase.

Y, como sabía que su padre la quería muchísimo, y que en el fondo deseaba tenerla a su lado tanto como ella tenerla a él, al final desistiría de devolverla a la Tierra y consentiría que se. quedase en la base marciana «JUNO» todo el tiempo que ella quisiera.

Incluso puede que le asignase algún trabajo, para que no se aburriese o molestase al personal de la base.

Esa era la razón de que Rosalyn canturreara bajo la duda.

Se sentía muy feliz, junto a su padre.

Además, le gustaba Marte.

Yla base marciana «JUNO».

Y las personas que trabajaban en ella.

Especialmente, una.

Se llamaba Edwin Shine.

Veintidós años.

Alto.

Fuerte.

Moreno.

Atractivo…

Y lo que era más importante: soltero.

A Rosalyn le gustó desde el instante en que su padre se lo presentó, como al resto del personal, y estaba dispuesta a conquistarle, aunque empleando una táctica muy particular: la del rodeo.

Que no iba a ir directamente a por él, vamos.

El apuesto Edwin podía darse cuenta y ponerse tonto.

Con el fin de evitarlo, Rosalyn se mostraba alegre y simpática con todos los hombres de la base, pero sin revelar predilección por ninguno en particular.

Por ella, en cambio, todos mostraban predilección.

Incluso Edwin Shine.

Sí.

Ella también le gustaba a él.

Lo leía en sus ojos.

Y también leía que estaba deseando demostrárselo.

Ojalá fuese pronto.

Rosalyn estaba deseando que él la estrechara en sus brazos y la besara con pasión.

Pero sólo eso, ¿eh?

Por el momento, no lo dejaría pasar de ahí.

Pensando en Edwin Shine, RosalynAshford acabó de ducharse y

cerró la llave, abriendo seguidamente la mampara de cristal semitransparente que impedía que el agua salpicase fuera.

Salió de la ducha y atrapó la toalla de baño, secándose con ella.

Luego, se puso una bata muy corta y abandonó el baño, descalza.

Justo en el instante en que cruzaba la puerta, sonó el timbre del confortable habitáculo donde la había instalado su padre.

Rosalyn atrapó el mando de control remoto y pulsó el botón correspondiente.

La puerta del habitáculo se abrió sin el menor ruido.

Rosalyn no pudo contener un respingo al descubrir a Edwin Shine.

El joven, que vestía uniforme azul, de una sola pieza, ajustado a su atlético cuerpo, ancho cinturón dorado, y calzaba botas plateadas, cortas, muy flexibles, la contempló, sin atreverse a entrar.

Sin duda no esperaba que ella le abriese así, envuelta en una cortísima bata de baño, descalza, y con el cabello húmedo.

Pero se alegró.

No era muy frecuente contemplar unos miembros inferiores tan maravillosos como los de RosalynAshford.

Rosalyn, repuesta de su sorpresa, también se alegró de la presencia de Edwin Shine.

Y de haberle recibido así, con las piernas al aire.

Con una deliciosa sonrisa en los labios, y moviendo las

firmes caderas con gracia, se acercó a él.

—Hola, Edwin.

—¿Qué tal, Rosalyn? —repuso Shine.

—¿Qué le trae por aquí?

—Estoy buscando a su padre.

—¿Y creía que estaba conmigo?

—Bueno, pensé que tal vez... ¿No lo ha visto usted, Rosalyn?

—No, esta mañana todavía no.

—Siento haberla molestado.

—Por Dios, no hable de molestia. A decir verdad, ha llegado usted en el momento oportuno.

—¿De veras? —pestañeó Edwin.

—Me disponía a cambiar el sofá de sitio, pero pesa demasiado para mí, y apenas puedo moverlo. ¿Le importaría ayudarme, Edwin?

—Será un placer, Rosalyn —sonrió ampliamente el joven.

—Pase, por favor.

Edwin entró en el habitáculo.

Rosalyn accionó de nuevo el mando de control remoto y la puerta se cerró silenciosamente.

Edwin fue hacia el sofá.

—¿Dónde quiere ponerlo, Rosalyn?

La joven tuvo que buscar con rapidez un lugar apropiado para colocarlo, porque, como ya habrá adivinado el sagaz lector, lo de que deseaba cambiar el sofá de sitio no era más que un pretexto para estar unos minutos a solas con Edwin.

Rosalyn señaló un punto del habitáculo.

—Ahí, Edwin.

—Muy bien.

—Espere que coja yo del otro extremo.

—De acuerdo.

Rosalyn se situó en el lugar correspondiente, se inclinó, y agarró el sofá.

No era su intención, desde luego, pero al agacharse se le abrió la

bata por arriba y sus hermosos senos pudieron ser contemplados por Edwin con todo detalle.

Por si fuera poco, detrás de Rosalyn había un espejo.

Palabra que esto tampoco fue premeditado, pero el caso es que, dada la posición de la joven, su lindo traserose vio reflejado en el espejo, y a través de éste pudo contemplárselo Edwin.

La cara de Edwin Shine, que ya había agarrado el sofá por el otro extremo, empezó a ponerse roja.

—¿Va para arriba, Edwin? —sonrió Rosalyn, ignorante de que él le estaba viendo la «proa» y la «popa».

La joven se refería al sofá, claro.

—Sí, va para arriba —respondió Edwin, refiriéndose a otra cosa.

—¡Aúpa!

Levantaron el sofá entre los dos.

—Pesa, ¿eh? —dijo Rosalyn, que, al ponerse erguida, había dejado de mostrar sus encantos.

—Lo corriente —repuso Edwin.

Llevaron el sofá al lugar indicado por Rosalyn.

Al agacharse, para dejarlo en el suelo, la bata de baño volvió a abrirse por arriba y la joven realizó una nueva e involuntaria exhibición de sus prominentes pectorales.

Por fortuna, en esta ocasión no había ningún espejo tras ella.

O por desgracia, según se mire.

—Listo, Edwin —dijo Rosalyn, irguiéndose.

—Sí, ya está —sonrió nerviosamente Shine.

—Se le ha puesto la cara roja del esfuerzo.

—¿De veras?

—Sí. ¿También se me ha puesto a mí?

—Un poco, sí —carraspeó Edwin.

Rosalyn le sonrió candorosamente.

—Le estoy muy agradecida, Edwin.

—Y yo a usted.

—¿Usted a mí...? ¿Por qué?

—Por nada, olvídelo —carraspeó de nuevo Shine.

—Le encuentro nervioso, Edwin. ¿Sucede algo?

—No, nada. Que debo encontrar a su padre, y...

—¿Seguro que está buscando a mi padre...?

—Sí, claro.

—Qué desilusión. Por un momento llegué a pensar que era una excusa suya para verme a solas y charlar un rato conmigo.

—¿Le hubiera gustado que lo fuera?

—Sí, creo que sí. Para una mujer siempre resulta halagador que un hombre muestre interés por ella.

—En ese caso, no tengo inconveniente en confesar que está en lo cierto, Rosalyn.

—¡Oh! ¿De veras?

—Sí. Me gusta usted, Rosalyn, y me moría de ganas de decírselo.

—Sin embargo, iba a marcharse sin decirme nada...

—Sí, es verdad.

—¿Es usted tímido, Edwin?

—No, le aseguro que no.

—¿A qué se debe su nerviosismo, entonces?

Edwin le miró un momento la parte superior de la bata.

Luego, miró al espejo.

—No puedo decírselo, Rosalyn. Hoy, por lo menos, no. Quizá más adelante, cuando tenga una mayor confianza con usted.

—De acuerdo, esperaré hasta entonces.

—¿Puedo tutearte, Rosalyn?

—Claro.

—¿Puedo, también...?

—Bueno.

Edwin Shine la tomó por el talle, la atrajo con suavidad hacia sí, y la besó en los labios.

Rosalyn colaboró en la caricia.

Sin embargo, cuando notó que Edwin presionaba más de la cuenta, que el beso se tornaba peligrosamente profundo y excitante, le puso las manos en el pecho y empujó, sin brusquedad, pero con firmeza, obligándole a separar su boca de la de ella.

—Te has pasado un pelín, Edwin... —dijo.

—¿Tú crees? —repuso él, sin soltarla.

—¿Siempre besas así a las chicas?

—Sólo a las que me gustan mucho. Y, hasta ahora, ninguna me había gustado tanto como tú.

—Eso es muy halagador, de verdad, pero creo que debes marcharte.

—¿Por qué?

—Estoy en bata, sin nada debajo, y si volvieras a besarme como antes, no sé cómo acabaría la cosa.

—Del modo más maravilloso, seguro.

—Sería ir demasiado de prisa, ¿no te parece?

—Sí, tienes razón.

—Me alegra que lo comprendas.

Edwin la soltó.

Rosalyn accionó el mando de control remoto y la puerta se abrió.

Edwin Shine se despidió de la hija del jefe de la base marciana «JUNO» y salió del habitáculo.

RosalynAshford cerró la puerta.

Se puso a canturrear, de tan contenta que estaba.

Las cosas no le podían ir mejor en Marte.

Pero muy pronto le iban a ir peor.

Dentro de escasos segundos, tan sólo…

CAPITULO II

Todo empezó con un suave zumbido.

Procedía del cuarto de baño.

RosalynAshford interrumpió su canturreo y miró hacia allí.

No vio nada.

Pero seguía escuchando el zumbido.

Leve.

Continuado.

Extraño.

Rosalyn fue hacia el baño, dispuesta a averiguar la causa.

No llegó a entrar en él.

Se quedó muy quieta en la puerta, contemplando con ojos agrandados la pequeña llama azulada que inexplicablemente, parecía brotar del suelo, delante mismo de la mampara que cerraba la ducha.

Era la extraña llamita lo que producía el suave zumbido.

De pronto, la pequeña llama empezó a crecer y a ensancharse.

El zumbido se tornó más agudo.

Más potente.

Más molesto.

RosalynAshford tuvo intención de retroceder, asustada ante aquel extraño fenómeno, pero no pudo dar un paso.

Sus pies desnudos parecían pegados al suelo.

Clavados.

Tampoco podía mover el resto del cuerpo.

Toda ella estaba como paralizada.

Rosalyn se asustó más.

Sabía que no era el miedo lo que la inmovilizaba.

¡Era la llama!

Ya tenía unos veinticinco centímetros de altura.

¡Y seguía creciendo!

Rosalyn sintió que el terror se apoderaba de ella.

¿Qué era aquella llama azulada?

¿Qué extraño poder poseía?

¿Cómo podía mantenerla inmovilizada?

¿Por qué no podía apartar sus ojos de ella?

Ni apartarlos... ni cerrarlos.

También sus párpados estaban paralizados.

Súbitamente, cuando la llama ya tenía unos cincuenta centímetros de altura, y el zumbido que producía era más doloroso de soportar para los tímpanos de la paralizada RosalynAshford, un chorro de humo rojo como la sangre surgió del extremo de la llama, con mucha fuerza.

Se esparció en el acto, formando una especie de nube impenetrable, que cubrió totalmente la mampara de la ducha.

RosalynAshford quiso gritar, pero tampoco las cuerdas vocales parecían dispuestas a obedecerle, pues ningún sonido salió de su garganta.

Repentinamente, el zumbido cesó.

También la azulada llama desapareció, tragada por la roja nube de humo.

Un humo que, poco a poco, fue tornándose menos denso.

Rosalyn pudo entonces atravesarlo con sus aterrados ojos.

Lo que vio la dejó perpleja.

Atónita.

Realmente estupefacta.

Y no era para menos.

¡Dentro de la nube de humo rojo había un hombre!

¡Y ese hombre era... Edwin Shine!

Efectivamente.

Era Edwin Shine.

Pero no vestía como antes.

Había sustituido su uniforme de la base marciana «JUNO» por una extraña indumentaria, más propia de un antiguo gladiador romano.

Reluciente casco...

Un extraño collar, de metal muy brillante...

Sendos brazaletes, igualmente metálicos y brillantes, oprimiendo sus vigorosos bíceps...

Una breve falda...

Una corta espada al cinto, cuya hoja, ancha y destellante, tenía forma de rayo...

Altas botas...

RosalynAshford pudo apreciar todo esto porque la nube de humo rojo que brotara de la azulada llama, se había disipado ya por completo.

Miró a los ojos de Edwin Shine.

El también la miraba a ella.

Con una extraña sonrisa en los labios.

Fría.

Poco tranquilizadora.

Rosalyn quiso preguntarle qué diablos significaba todo aquello, pero no le fue posible.

Seguía sin voz.

Quieta.

Rígida.

Sin poder ni siquiera parpadear.

Edwin Shine movió sus fuertes piernas y se acercó a ella, exhibiendo orgulloso los músculos de su velludo tórax.

Rosalyn, aunque sospechaba que no podría, intentó retroceder.

En efecto, no pudo moverse ni un centímetro.

Edwin Shine ya estaba junto a ella.

Tan próximo, que sus cuerpos llegaron a rozarse.

Edwin se inclinó ligeramente y la tomó en brazos.

Con delicadeza.

Rosalyn notó que la piel de él estaba extrañamente caliente.

Quemaba, casi.

Pero, aunque parezca sorprendente, era un calor agradable de soportar, pues, aparte de no producir dolor, traspasaba la piel de Rosalyn y llenaba su cuerpo, proporcionándole una sensación tan desconocida como placentera.

Edwin Shine, sin pronunciar palabra, salió del cuarto de baño y llevó a RosalynAshford al dormitorio, sobre cuyo blando lecho la depositó con mimo.

Rosalyn lo miró, como preguntándole para qué la había llevado allí.

¿Qué pensaría hacer con ella?

Rosalyn lo adivinó en cuanto vio que él le soltaba el cinturón de la bata de baño y le abría ésta de par en par, dejándola completamente desnuda ante sus ojos.

Unos ojos tan fríos y extraños como la sonrisa que exhibía, y que la recorrieron de la cabeza a los pies sin denotar la menor emoción.

Rosalyn volvió a llenarse de terror.

¿Sería capaz Edwin de...?

En seguida se vio que sí.

Edwin Shine se tendió sobre ella y empezó a besarla.

En los ojos, en los labios, en el cuello, en los senos...

Eran besos suaves, tiernos, delicados.

Rosalyn hubiera querido sentir asco, repugnancia, porque asqueroso y repugnante es abusar de una mujer que no puede hacer nada por defenderse.

Pero no.

Sintió placer.

Un placer progresivo, que se volvió indescriptible cuando las manos de Edwin Shine entraron en acción, acariciando cada rincón de su cuerpo, cada centímetro de su piel.

Caricias expertas, hábiles, sabias, que le proporcionaban sensaciones maravillosas, jamás experimentadas.

El cuerpo de Rosalyn vibraba, temblaba, se estremecía, acusando cada beso, cada contacto de aquellos dedos tan fuertes como suaves, deliciosamente abrasadores.

Tan elevado era su grado de excitación, que Rosalyn pidió, suplicó a Edwin con los ojos que no prolongara más la fase de caricias y que la hiciera suya de una vez, pues era más de lo que ella podía soportar.

Edwin Shine pareció entenderla, puesto que se dispuso a culminar debidamente el acto amoroso.

En aquel preciso instante, sin embargo, sonó el timbre del habitáculo.

Edwin Shine no supo disimular su contrariedad.

Rosalyn, que también había escuchado el timbre, no supo si alegrarse o enfadarse.

Edwin, aunque de manera poco noble y honesta, había despertado el deseo en su cuerpo. Un deseo que, con toda seguridad, no iba a poder ser saciado, por falta de tiempo.

Así debió comprenderlo también Edwin Shine, pues se irguió con brusquedad y saltó de la cama.

Dirigió una rápida mirada al cuerpo desnudo de Rosalyn, estremecido todavía, y luego salió del dormitorio, corriendo hacia el cuarto de baño, cuya puerta cerró.

Rosalyn intentó levantarse, pero sus músculos continuaban paralizados, y no pudo abandonar el lecho.

CAPITULO III

Quien había pulsado el timbre del habitáculo de Rosalyn, era Graham Ashford.

Cuarenta y seis años de edad, elevada estatura, hombros robustos, cabello gris, largo y abundante, faccionesagradables…

Graham Ashford pulsó de nuevo el timbre.

Como Rosalyn seguía sin abrir, el jefe de la base marciana «JUNO» pensó que tal vez su hija se hallaba en el baño, y por eso no oía el timbre.

Sin dudarlo más, tomó su mando de control remoto y oprimió un botón.

La puerta se abrió al instante.

Graham Ashford penetró en el habitáculo y cerró la puerta.

—¿Rosalyn…? —llamó.

No obtuvo respuesta.

Graham Ashford fue hacia el baño y abrió la puerta.

Comprobó que Rosalyn no estaba allí.

Miró hacia el dormitorio, cuya puerta permanecía abierta.

Se dirigió hacia allí.

No llegó a cruzar la puerta.

—¡Rosalyn! —exclamó, al descubrir a su hija tumbada en la cama, la bata de baño abierta de par en par, mostrando su cuerpo

totalmente desnudo.

Esto, la total desnudez de Rosalyn, fue lo que hizo dudar a Graham Ashford, y no sabía si entrar en el dormitorio o retirarse y esperar a que ella se cubriera y leexplicara por qué estaba desnuda sobre el lecho, y por qué no había abierto la puerta del habitáculo.

Pronto comprendió, sin embargo, que a su hija le sucedía algo.

Aquella extraña inmovilidad...

Su absoluto mutismo...

Graham Ashford no lo dudó más.

Penetró en el dormitorio y cerró la bata de Rosalyn, cuyo rostro tocó con mano temblorosa.

—Rosalyn... ¿Qué ha pasado? ¿Qué te ha sucedido? —interrogó.

La muchacha siguió callada e inmóvil, aunque miraba fijamente a su padre, con un brillo de desesperación en los ojos.

Graham Ashford adivinó que su hija quería decirle algo, pero no podía hablar ni moverse.

Asustado, se abalanzó sobre el videófono que había sobre la mesilla de noche, para llamar a la doctora Mitchell.

De pronto, Rosalyn gritó:

—¡Papá!

Graham Ashford dio un respingo e interrumpió su acción.

—¡Rosalyn!

La joven irguió el torso, quedando sentada en la

cama.

No sólo había recobrado la voz, sino también el normal funcionamiento de sus articulaciones.

Graham Ashford la abrazó, emocionado.

—Rosalyn, pequeña...

—¡Ya puedo hablar, ya puedo moverme!

—¿Qué te ha pasado, hija?

—¡Edwin!

—¿Te refieres a Edwin Shine...?

—¡Sí!

—¿Ha estado aquí?

—¡Sí!

—¿Y qué te ha hecho?

—¡Me tendió en la cama y me abrió la bata!

—¿Qué...? —rugió Graham Ashford, sintiendo que la

cólera se apoderaba de él—. ¿Estás tratando de decirme que Edwin te forzó...?

—¡Casi! ¡Estaba a punto de poseerme cuando tú llamaste! ¡De no haber llegado tú tan oportunamente, me hubiera violado!

Graham Ashford giró la cabeza.

—¿Que Edwin se hallaba todavía aquí, cuando yo...?

—¡Sí!

—No es posible, hija.

—¡Te juro que estaba!

—Pues yo no lo he visto, y miré incluso en el cuarto de baño.

—¡Por allí se fue!

Graham Ashford puso una cara muy rara.

—¿Por el cuarto de baño...?

—¡Sí, por el mismo sitio que llegó!

—Rosalyn...

—¡Tienes que creerme, papá!

—El cuarto de baño no tiene ventana, es imposible que alguien llegue o se marche por él.

—¡No es imposible para un extraterrestre!

Graham Ashford abrió la boca.

—¿Cómo has dicho?

—¡Edwin Shine es un alienígena, papá! ¡Un ser de otro mundo, que se ha infiltrado en la base gracias a su poder y a su apariencia terrestre!

Graham Ashford movió la cabeza lentamente.

—Me temo que has sufrido una pesadilla, hija.

—¿Pesadilla...,?

—Sí, estoy seguro de que lo has soñado todo. La llegada de Edwin Shine por el cuarto de baño, lo de que te tendió en la cama, que te abrió la bata, que intentó poseerte...

Rosalyn sacudió la cabeza enérgicamente.

—¡Nada de sueños, papá! ¡Fue todo real! ¡La llama azulada, la nube de humo rojo, la extraña indumentaria de Edwin...!

—¿Extraña indumentaria...?

Rosalyn se apresuró a explicarle cómo iba vestido, para concluir:

—¡Parecía un gladiador romano!

Graham Ashford levantó la mano pacientemente y la puso en la frente de su hija.

—¿Por qué haces eso? —preguntó Rosalyn.

—Parece que tienes unas décimas de fiebre, hija.

—¡Tengo cuernos! —se enfureció la joven, apartando la mano de su padre de un zarpazo.

—Por Dios, cálmate, Rosalyn.

—¿Cómo quieres que me calme, si no me crees? ¡He estado a punto de ser violada por un ser de otro planeta, y tú dices que todo fue un sueño!

—Edwin Shine es tan terrestre como tú y como yo, Rosalyn.

—¡Eso es lo que todos los de la base creéis! Yo sé que es un alienígena, que puede surgir de una llama azulada, que paraliza a las personas con su poder y las deja sin habla, que le gustan las mujeres terrestres, que sabe acariciarlas expertamente, que su piel es caliente...

Graham Ashford entornó Ios ojos.

—¿Me responderás con sinceridad si te hago una pregunta muy personal, Rosalyn?

—Te lo prometo.

—¿Te gusta Edwin?

Rosalyn vaciló.

—¿Qué... qué tiene que ver eso ahora?

—Ahí puede estar la clave de todo, si tu respuesta es afirmativa.

—No sé qué relación puede tener el que a mí...

—¿Te gusta o no te gusta?

—Me gusta.

—¿Mucho?

—Bastante.

—¿Lo suficiente como para desear que él te tome en sus brazos y busque tu boca con la suya?

—Te estás pasando, papá.

—Te repito que ahí puede estar la clave de todo.

Rosalyn dio un suspiro.

—Está bien, confieso que he sentido ese deseo en algún momento, aunque...

—Es suficiente, pequeña —sonrió Graham Ashford.

—Explícate de una vez.

—Es muy sencillo, Rosalyn. La atracción que sientes hacia Edwin Shine, ha sido la causa de ese sueño que tuviste. El ha hecho, en tu sueño, lo que sin duda a ti te gustaría que hiciera en la realidad.

Rosalyn apretó los dientes.

—Si no fueras mi padre, menuda bofetada te habría dado.

—¿Por qué?

—¿De veras piensas que a mí me gustaría que Edwin viniera a mi habitáculo, me tendiera en la cama, me abriera la bata de par en par, y me violara?

—No, por Dios.

—Entonces, es que no te he entendido bien.

—No, creo que no. Yo me refería exclusivamente a los besos y las caricias.

—Pero es que él intentó poseerme...

—Bueno, es que eso puede ser consecuencia de lo otro. En tu sueño, Edwin acariciaba tu cuerpo expertamente, y es natural que con ello encendiera la llama de la pasión en ti e, inconscientemente, deseases que él te hiciera suya, lo cual llevó tu sueño por esos derroteros...

Rosalyn quedó pensativa.

Empezaba a dudar de sí misma.

¿Tendría razón su padre?

¿Habrá sido todo un sueño?

Rosalyn volvió a la realidad al sentir las manos de su padre sobre sus hombros.

—No pienses más en ello, pequeña —le aconsejó él, sonriéndole cariñosamente.

Rosalyn bajó de la cama.

—Ven conmigo, papá —rogó, cogiéndole de la mano.

Salieron del dormitorio.

—Observa a tu alrededor —indicó Rosalyn.

Graham Ashford lo hizo.

—¿No notas nada? —preguntó Rosalyn.

—No.

—El sofá.

—¿Qué le pasa al sofá?

—Está en otro lugar.

—Caramba, es verdad. Antes estaba ahí, ¿no? —Graham Ashford señaló el lugar primitivo.

—Exacto.

—¿Lo has cambiado tú?

—Sí, con la ayuda de Edwin Shine.

—Ya estamos otra vez —rezongó Graham Ashford.

—Edwin estuvo aquí, papá.

—Sí, vestido de gladiador romano, ya me lo dijiste.

—No, eso fue después. La primera vez que vino, lucía su uniforme de la base marciana «JUNO».

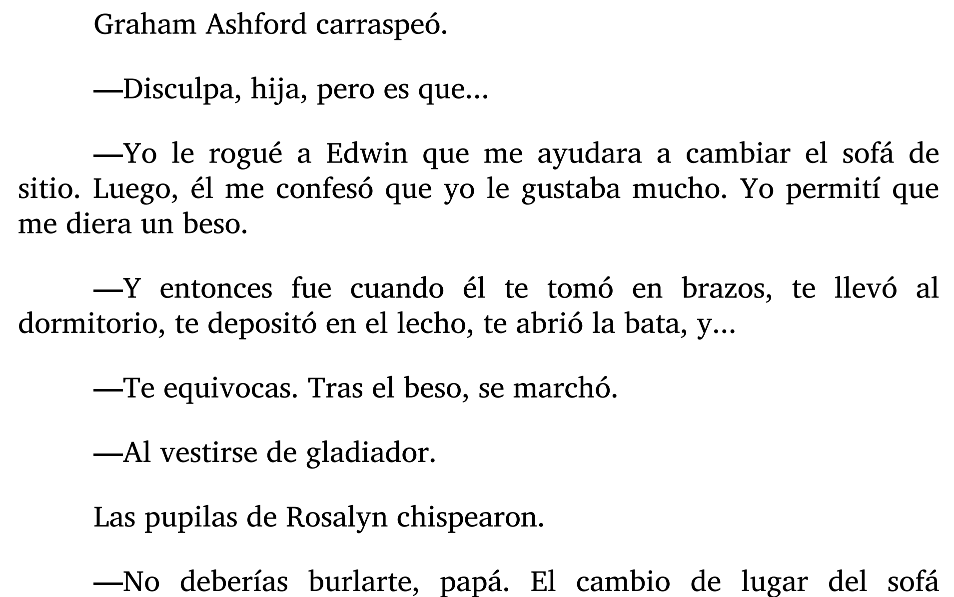
—Ya. ¿Y a qué vino, si puede saberse?

—Dijo que te buscaba a ti, pero no era cierto.

—¿Ah, no?

—Me buscaba a mí.

—Lo comprendo perfectamente. Eres mucho más atractiva que yo.



Graham Ashford carraspeó.

—Disculpa, hija, pero es que…

—Yo le rogué a Edwin que me ayudara a cambiar el sofá de sitio. Luego, él me confesó que yo le gustaba mucho. Yo permití que me diera un beso.

—Y entonces fue cuando él te tomó en brazos, te llevó al dormitorio, te depositó en el lecho, te abrió la bata, y…

—Te equivocas. Tras el beso, se marchó.

—Al vestirse de gladiador.

Las pupilas de Rosalyn chispearon.

—No deberías burlarte, papá. El cambio de lugar del sofá demuestra que Edwin estuvo aquí. Yo sola no hubiera podido cambiarlo. Y hay otra Cosa más que demuestra que no fue ningún sueño: mi pelo. Tócalo, y comprueba que todavía está húmedo. Acababa de salir de la ducha cuando Edwin llamó. ¿Y qué me dices de la bata de baño? ¿Crees que suelo ponérmela para dormir?

Graham Ashford guardó silencio.

Rosalyn le tomó una mano entre las suyas y se la apretó.

—Tienes que creerme, papá. Yo no pude soñar todo eso, porque, no estaba dormida. Sucedió realmente. Edwin Shine no es un terrestre, es un ser de otro mundo.

El gesto de Graham Ashford ya no era en absoluto

irónica.

No obstante, preguntó:

—¿Seguro que no te echaste en la cama un rato, cuando Edwin se marchó, y te dormiste de nuevo, Rosalyn?

—Te juro que no, papá. Acababa de irse Edwin, cuando detecté el suave zumbido.

—¿Qué zumbido?

Rosalyn le refirió con detalle cómo había empezado todo.

El gesto de Graham Ashford se tornó grave.

—Empiezo a creer que estás en lo cierto, Rosalyn.

—¡Gracias a Dios!

—Voy en busca de Edwin Shine.

—¿Y yo...?

—Tienes razón, no puedo dejarte sola aquí. Vístete, rápido. Te dejaré con la doctora Mitchell.

Rosalyn corrió hacia su dormitorio.

CAPITULO IV

Edwin Shine caminaba por un largo corredor.

Alegre.

Tranquilo.

Como si no tuviera nada que temer de nadie.

De pronto, una puerta se abrió y NikolinaZlateva, una atractiva joven de origen búlgaro, de ojos negros, rasgados, preciosos, apareció por ella, llevando una carpeta roja en las manos.

Como el resto del personal femenino de la base marciana «JUNO», vestía un corto uniforme amarillo, cinturón plateado, y altas botas doradas.

La joven se detuvo en cuanto descubrió a Edwin Shine.

Se quedó mirándolo fijamente, con el ceño fruncido.

Como reprochándole algo.

Edwin fue a hacia ella, sonriente.

—Hola, Nikolina.

—¿Es todo lo que tienes que decir? —repuso la joven, con sequedad.

—No, claro que no; sólo ha sido el saludo de rigor. Ahora, añadiré que cada día que pasa estás más bonita.

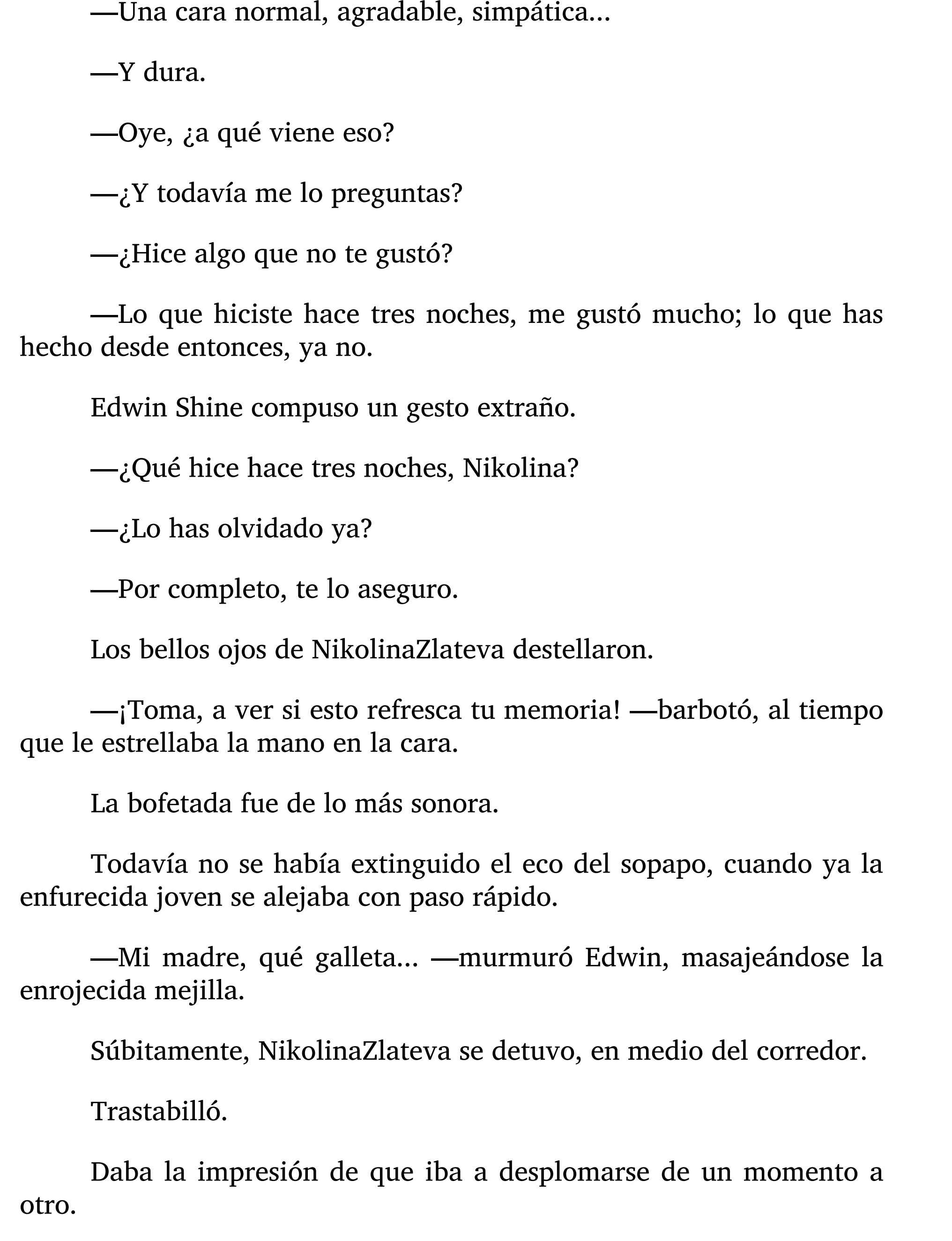
—¿De veras?

—¿Es que no te miras al espejo?

—¿Te miras tú?

—Sí, claro.

—¿Y qué ves?



—Una cara normal, agradable, simpática...

—Y dura.

—Oye, ¿a qué viene eso?

—¿Y todavía me lo preguntas?

—¿Hice algo que no te gustó?

—Lo que hiciste hace tres noches, me gustó mucho; lo que has hecho desde entonces, ya no.

Edwin Shine compuso un gesto extraño.

—¿Qué hice hace tres noches, Nikolina?

—¿Lo has olvidado ya?

—Por completo, te lo aseguro.

Los bellos ojos de NikolinaZlateva destellaron.

—¡Toma, a ver si esto refresca tu memoria! —barbotó, al tiempo que le estrellaba la mano en la cara.

La bofetada fue de lo más sonora.

Todavía no se había extinguido el eco del sopapo, cuando ya la enfurecida joven se alejaba con paso rápido.

—Mi madre, qué galleta... —murmuró Edwin, masajeándose la enrojecida mejilla.

Súbitamente, NikolinaZlateva se detuvo, en medio del corredor.

Trastabilló.

Daba la impresión de que iba a desplomarse de un momento a otro.

Y se desplomó.

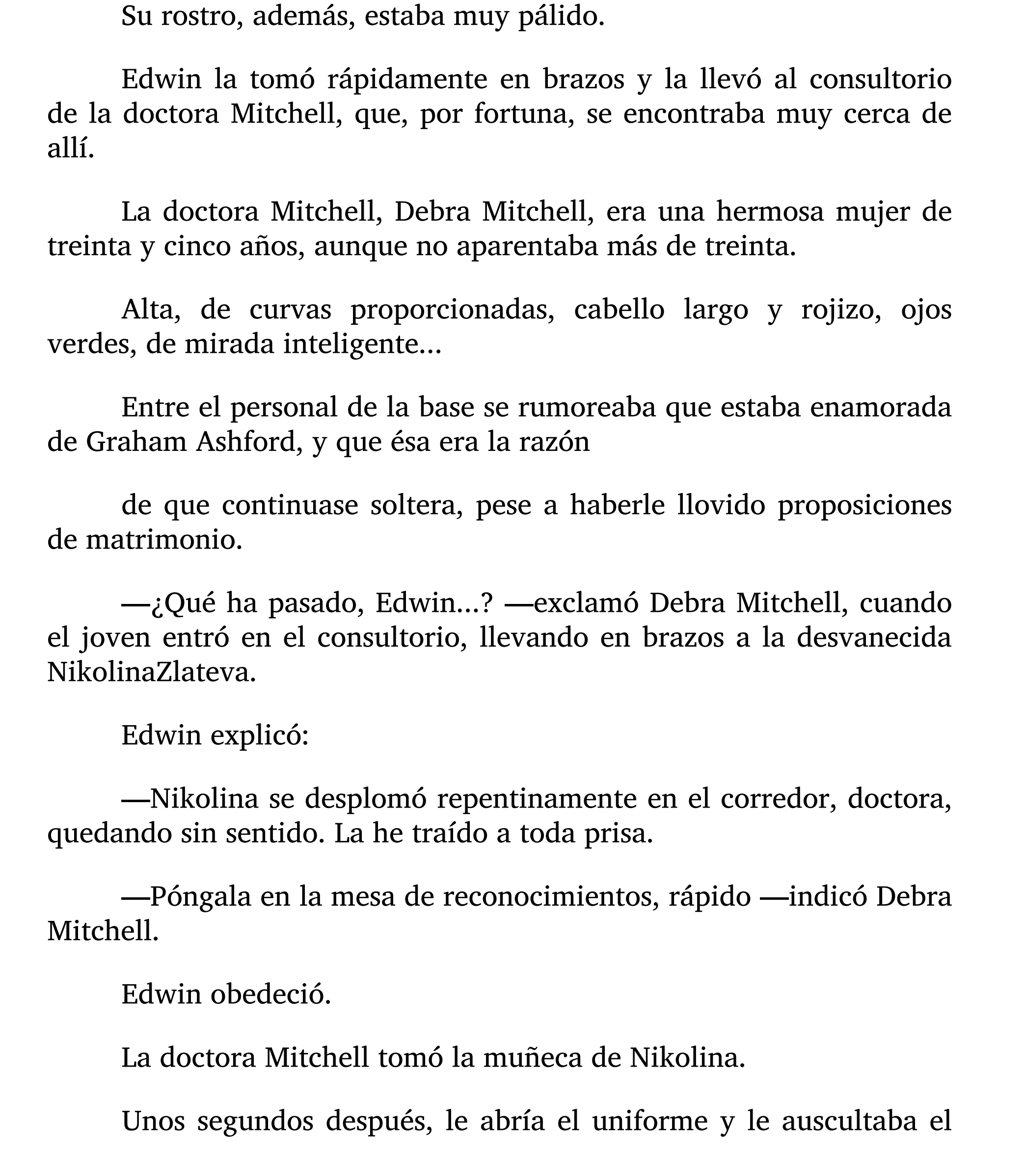
Pesadamente.

Como un fardo.

—¡Nikolina! —exclamó Edwin, alarmado.

Corrió hacia ella.

La joven tenía los ojos cerrados, y no se movía.



Su rostro, además, estaba muy pálido.

Edwin la tomó rápidamente en brazos y la llevó al consultorio de la doctora Mitchell, que, por fortuna, se encontraba muy cerca de allí.

La doctora Mitchell, Debra Mitchell, era una hermosa mujer de treinta y cinco años, aunque no aparentaba más de treinta.

Alta, de curvas proporcionadas, cabello largo y rojizo, ojos verdes, de mirada inteligente...

Entre el personal de la base se rumoreaba que estaba enamorada de Graham Ashford, y que ésa era la razón

de que continuase soltera, pese a haberle llovido proposiciones de matrimonio.

—¿Qué ha pasado, Edwin...? —exclamó Debra Mitchell, cuando el joven entró en el consultorio, llevando en brazos a la desvanecida NikolinaZlateva.

Edwin explicó:

—Nikolina se desplomó repentinamente en el corredor, doctora, quedando sin sentido. La he traído a toda prisa.

—Póngala en la mesa de reconocimientos, rápido —indicó Debra Mitchell.

Edwin obedeció.

La doctora Mitchell tomó la muñeca de Nikolina.

Unos segundos después, le abría el uniforme y le auscultaba el

pecho.

Edwin Shine, sin que la doctora Mitchell se lo pidiera, se dio la vuelta, porque los senos de Nikolina, firmes, de círculos oscuros y puntas sumamente tentadoras, habían quedado totalmente visibles, y no le parecía correcto aprovecharse de la situación.

Debra Mitchell, dándose cuenta del caballeroso gesto de Edwin, sonrió ligeramente y dijo:

—Puede marcharse ya, Edwin.

El joven la miró por encima del hombro.

—¿No me necesita para nada, doctora Mitchell?

—No, ya no, gracias.

—Entonces, vuelvo a mi tarea. Y deseo que lo de Nikolina no sea nada serio.

—Tranquilícese, no sufre más que un simple desvanecimiento. Se repondrá en unos minutos.

—Caramba, no sabe cuánto me alegro, doctora. Nikolina es una chica estupenda.

—Sí que lo es —sonrió más ampliamente Debra Mitchell.

—Hasta luego, doctora Mitchell —se despidió Edwin, y abandonó el consultorio.

La doctora Mitchell no se equivocó.

Apenas unos minutos después, NikolinaZlateva volvía en sí.

Al verse tendida en la mesa de reconocimientos, con el uniforme abierto, las piernas separadas y en alto, descansando sobre unos estribos, y a la doctora Mitchell explorándola internamente con sus suaves y expertos dedos, se asustó terriblemente.

—Doctora Mitchell... —musitó.

Debra Mitchell le sonrió suavemente.

—Tranquilízate, Nikolina. Todo va bien.

—¿Qué ha pasado?

—Sufriste un desvanecimiento en el corredor, y te caíste al suelo. Edwin te recogió inmediatamente y te trajo aquí.

—¿Por qué..., por qué me está,..?

—Para asegurarme de que mi primera impresión fue acertada —respondió la doctora Mitchell, concluyendo con la exploración de los órganos internos de la joven, a quien indicó—: Ya puedes bajar las piernas y cerrarte el uniforme.

Nikolina las bajó, se ajustó el pantaloncito, y se subió el cierre del uniforme, sentada sobre la mesa de reconocimientos.

La doctora Mitchell, mientras se lavaba las manos con jabón, preguntó:

—¿Por qué no viniste a verme, Nikolina?

—¿Para qué iba a venir, si me sentía bien? —repuso la joven, con la mayor naturalidad.

—Querías ocultarme tu embarazo, ¿eh?

Nikolina respingó cómicamente sobre la mesa.

—¿Mi qué...?

—No pretenderás hacerme creer que ignorabas que llevas un hijo en tus entrañas, ¿verdad?

—¿Yo...? —exclamó la joven, poniendo unos ojos como platos.

—Vamos, deja ya de fingir, Nikolina, que yo soy tudoctora, no tu madre —sonrió Debra Mitchell, secándose las manos.

—Pero...

—Hace por lo menos tres meses que quedaste embarazada.

—¡Tres meses...! —brincó Nikolina.

—Sí, tú lo sabes tan bien como yo.

—¡Tiene que estar equivocada, doctora Mitchell!

—¿Ah, sí?

—¡Seguro! ¿Y sabe por qué?

—Dímelo tú, anda.

—¡Porque sólo hace tres noches que tuve mi primera experiencia sexual!

—Sólo tres noches, ¿eh?

—¡Se lo juro! ¡Yo era virgen todavía cuando Edwin…!

—¿Edwin? —repitió Debra Mitchell, frunciendo el ceño.

NikolinaZlateva se mordió los labios.

—Sí, Edwin Shine fue el primer hombre que me hizo el amor, doctora Mitchell. El primero… y el único. Y fue hace tres noches, como ya le he dicho.

—El ser que se está gestando en tu vientre tiene más de noventa días, Nikolina —insistió la doctora Mitchell. —¡Imposible!

—¿Tampoco habías advertido que has engordado?

—¡Sí, pero yo creía que era porque últimamente,comomuchos pepinillos en vinagre!

Debra Mitchell no pudo reprimir una sonrisa.

—Los pepinillos en vinagre no engordan, Nikolina.

—¡Dios mío, esto es para volverse loca! —sollozó la joven, cubriéndose el rostro con las manos.

* * *

Graham Ashford se dirigía al consultorio de la doctora Mitchell, acompañado de su hija.

Rosalyn lucía un traje color canela, de una sola pieza, que

resaltaba las redondeces de su perfecta anatomía.

Segundos después, el jefe de la base marciana «JUNO» pulsaba el timbre del consultorio.

La doctora Mitchell abrió, utilizando su mando de control remoto.

Graham Ashford y su hija penetraron rápidamente en el consultorio.

Por el gesto de preocupación de ambos, DebraMitchell adivinó que algo sucedía.

—¿Qué ocurre, capitán Ashford? —inquirió.

—No es fácil de explicar en pocas palabras, doctora Mitchell. Le diré solamente que se trata de Edwin Shine —respondió Graham Ashford.

—¿Le ha sucedido algo?

—No, a él no.

—Precisamente estuvo aquí hace un momento.

—¿Edwin Shine…? —exclamó Rosalyn.

—Sí.

—¿Por dónde entró?

—Por la puerta, naturalmente.

—¿Vestido de uniforme o de gladiador romano?

—¿Cómo? —pestañeó Debra Mitchell.

—¿No llevaba casco, collar brazaletes en los bíceps, falda corta, y una espada corta en forma de rayo al cinto…? —preguntó Rosalyn, disparando literalmente las palabras.

La doctora Mitchell, boquiabierta, miró a Graham Ashford.

—¿De qué está hablando su hija, capitán Ashford…?

—De Edwin Shine, aunque le parezca extraño —suspiró el jefe

de la base.

—Es un extraterrestre, doctora —reveló Rosalyn.

—¿Qué...? —respingó Debra Mitchell.

—Un alienígena, un ser de otro mundo. Tiene terribles poderes, ¿sabe? Puede surgir de una llama azulada, paralizar y dejar mudas a las personas, y quién sabe cuántas cosas más.

Debra Mitchell desvió sus asombrados ojos hacia Graham Ashford, como esperando que éste rechazara las afirmaciones de su hija.

Pero lo que hizo el jefe de la base, fue confirmarlas:

—Parece ser que es cierto, doctora Mitchell. Yo no lo creía en principio, y confieso que aún me resisto a admitirlo, pero...

Graham Ashford se interrumpió al ver surgir de detrás de la mampara de cristal translúcido, tras la cual se hallaba la mesa de reconocimientos, a NikolinaZlateva, quien murmuró:

—¿No será ésa la causa de mi sorprendente embarazo, doctora Mitchell...?

CAPITULO V

—¿Nikolina está embarazada, doctora Mitchell...? —preguntó Graham Ashford.

—Sí, capitán Ashford —asintió Debra Mitchell—. De tres meses. Pero lo curioso del caso es que ella asegura que tuvo su primera relación sexual hace sólo tres días... —informó.

—¿Qué...? —exclamó el jefe de la base.

—¿Fue con Edwin Shine? —inquirió Rosalyn.

—Sí —respondió la doctora.

—¡Una prueba más de que Edwin Shine es un extra terrestre, papá! —gritóRosalyn, oprimiendo con fuerza el brazo de su padre—. ¡Puede conseguir que una mujer terrestre tenga un hijo en nueve días, en lugar de nueve meses!

NikolinaZlateva respingó.

—¿De veras voy a dar a luz dentro de seis días, doctora Mitchell...?

Debra Mitchell no supo qué responder.

Se hallaba demasiado confusa.

Demasiado perpleja.

Era incapaz de razonar.

Graham Ashford, no menos confuso y perplejo que la doctora Mitchell, rogó:

—¿Le importaría explicarnos con detalle lo sucedido hace tres noches, Nikolina?

La asustada muchacha lo hizo:

—Yo me había acostado ya, capitán Ashford. incluso había conciliado el sueño hacía algunos minutos. De pronto, sin saber exactamente por qué, pues no escuchó ruido alguno, me desperté; como alertada por un sexto sentido. Al abrir los ojos, descubrí a Edwin Shine en mi dormitorio, muy cerca de la cama, mirándome con extraña fijeza... Vestía tal y como hace un momento lo describiera su hija. Casco, collar, brazaletes, falda corta espada en forma de rayo...

—¡Y tú que te burlabas de mí porque dije que vestía como un gladiador romano, papá! —exclamó Rosalyn dando un saltito de alegría, porque con el testimonio de Nikolina, ni su padre ni la doctora Mitchell podrían du dar ya de que Edwin Shine no era terrestre.

—Continúe, Nikolina, por favor —rogó Graham Ashford.

La joven prosiguió:

—Yo quedé desconcertada, la verdad. No por la extraña indumentaria de Edwin, pues pensé que era un disfraz, sino por su presencia en mi dormitorio. Le pregunté qué quería, por qué se había colado tan silenciosamente en mi habitáculo, pero él no me respondió. No había venido a hablar, sino a actuar. Y eso hizo. Se acercó más a mí y retiró suavemente la sábana que cubría mi cuerpo desnudo.

—¿Desnudo...? —repitió Graham Ashford.

—Yo suelo dormir sin nada, capitán Ashford —explicó Nikolina, un tanto cohibida.

—Yo también, no te preocupes —sonrió Rosalyn.

—¡Hija! —exclamó Graham Ashford.

—Silencio, papá. Deja hablar a Nikolina.

El jefe de la base marciana «JUNO» soltó un gruñido pero no volvió a hablar.

NikolinaZlateva continuó:

—Yo quise saltar de la cama, huir de él, pero no pude Mi cuerpo estaba como dormido, sin fuerzas…

—Así estaba el mío, también —dijo Rosalyn.

—¿Acaso también a ti…? —pestañeó Nikolina.

—Luego hablaremos de mí. Nikolina. Sigue, no te de tengas.

—Edwin se echó suavemente sobre mí y empezó a besarme. No sólo en los labios, sino todo el rostro, el cuello, los hombros, los senos… Mientras, sus manos re corrían hábilmente todo mi cuerpo, obligándome a estremecerme de placer. Tanta excitación y tanto deseo despertó en mí, que no me importó que me poseyera, pese a que yo era virgen todavía. Quizá les parezca una chica anticuada, pero yo quería llegar así al matrimonio, sin haber sido antes de ningún otro hombre.

—Ya somos dos —murmuró Rosalyn, tan bajo, que nadie la oyó.

—Repito, sin embargo —prosiguió Nikolina—, que no me importó que Edwin Shine me hiciera suya, pues fui muy feliz en sus brazos, antes y después de la culminaron del acto sexual. Con tanta delicadeza y ternura me trató, que llegué a pensar que estaba enamorado de mí, y desde aquella noche yo lo estoy también de él. Pronto comprendí, sin embargo, que para él yo no significaba nada especial, pues cuando todo acabó, se levantó de la cama y se marchó, sin pronunciar una sola palabra.

—Sí, trabaja muy silencioso —rezongó Rosalyn, tan bajo como antes.

—En estos tres días —continuó Nikolina—, no ha vuelto por mi habitáculo ni ha hablado conmigo de nada. Hasta hace un rato, que me tropecé con él en el corredor, y no tuvo más remedio que detenerse y saludarme. ¿Y saben lo que me dijo, el muy carota? Que no recuerda nada de lo que sucedió hace tres noches. No pude

contener mi furia, y le di una bofetada. Segundos después, sufría un desvanecimiento, y…

—Y Edwin Shine la tomó en brazos y la trajo aquí —informó la doctora Mitchell—. Al reconocerla, descubrí que estaba embarazada. Y de tres meses, no de tres días.

—Si alguien duda todavía de que Edwin Shine es un extraterrestre, que levante el dedo —dijo Rosalyn.

Graham Ashford no lo levantó.

Tampoco la doctora Mitchell.

Esta miró a la hija del jefe de la base y preguntó:

—¿Te ha ocurrido a ti lo mismo que a Nikolina, Rosalyn?

—Casi. Por fortuna, mi padre llegó en el momento oportuno y Edwin Shine no tuvo más remedio que largarse a toda prisa. Cinco minutos más, y ese ser de otro mundo me hubiera hecho suya, como a Nikolina.

—Me pregunto si habréis sido las únicas a las que… —se estremeció la doctora.

—Yo lo averiguaré, doctora Mitchell —dijo Graham Ashford, los puños apretados.

En los ojos de Debra Mitchell hubo un chispeo de temor.

—Tenga cuidado, capitán Ashford. Si Edwin Shine es realmente un ser de otro mundo, y todo hace suponer que sí, no se dejará apresar tan fácilmente.

—La doctora Mitchell tiene razón, papá —dijo Rosalyn, sintiendo el mismo temor que Debra—. Debes tener mucho cuidado.

Graham Ashford les sonrió a las dos.

—No os preocupéis, sé cómo debo proceder. Rosalyn se queda con usted, doctora Mitchell.

—Cuidaré de ella, capitán Ashford —repuso Debra Mitchell.

Graham Ashford caminó resueltamente hacia la puerta, la cual pensaba abrir utilizando su propio mando de control remoto.

Antes de que lo hiciera, sin embargo, la puerta del baño del consultorio se abrió y alguien surgió de él.

Sí.

Era Edwin Shine.

Con aquella extraña indumentaria que hacía recordar a los gladiadores de la antigua Roma.

En esta ocasión, no llevaba la corta espada en forma de rayo al cinto, sino que la empuñaba con firmeza en la diestra, como si tuviera intención de lanzarse al ataque La doctora Mitchell, Rosalyn y Nikolina lo descubrieron a un tiempo.

Chillaron las tres, al unísono.

Graham Ashford se volvió en el acto, y también él descubrió a Edwin Shine.

Quedó unos segundos paralizado por la sorpresa.

Pero muy pocos.

Graham Ashford sabía que debía actuar con rapidez, si no quería verse sorprendido por aquel ser de otro planeta al que todos en la base habían creído tan terrestre como ellos.

Velozmente, extrajo la pistola de rayos láser que llevaba al cinto y apuntó a Edwin Shine.

Este le apuntó antes a él con su extraña espada.

Del extremo de la misma surgió un rayo purpúreo, que alcanzó de lleno a Graham Ashford.

El jefe de la base marciana «JUNO» se estremeció como sacudido por una feroz descarga eléctrica, y luego se derrumbó, quedando inmóvil en el suelo, los ojos cerrados.

—¡Papá! —chilló Rosalyn, horrorizada.

—¡Capitán Ashford! —chilló también Debra Mitchell, igualmente estremecida de horror.

Para NikolinaZlateva, dado su particular estado, la escena resultó demasiado fuerte y sufrió un nuevo desvanecimiento,

desplomándose como un saco.

Debra y Rosalyn, olvidándose momentáneamente de Edwin Shine, corrieron hacia el inerte Graham Ashford y se dejaron caer junto a él.

La doctora le tomó la muñeca.

No tuvo tiempo de saber si Graham Ashford había muerto o seguía con vida, porque Edwin Shine hizo brotar un segundo rayo purpúreo de su peculiar espada, el cual alcanzó a Debra Mitchell.

El cuerpo de la atractiva doctora tembló como poco antes temblara el de Graham Ashford.

Durante unos segundos.

Luego, también ella se derrumbó.

Rosalyn volvió a chillar, al tiempo que miraba a Edwin Shine.

Temía que él le enviara uno de sus fulgurantes rayos.

Pero no.

Edwin Shine devolvió su espada al cinto.

Tenía otros planes con respecto a RosalynAshford.

CAPITULO VI

Edwin Shine pulsó el timbre del consultorio de la doctora Mitchell.

Le extrañó que ella no abriera, pues el disco verde que había sobre la puerta estaba encendido, y eso quería decir que la doctora se hallaba en el consultorio.

Cuando lo abandonaba, por cualquier motivo, dejaba encendido el disco rojo que se hallaba junto al verde.

Edwin repitió la llamada.

Intrigado, porque la doctora Mitchell seguía sin abrir, Edwin recurrió a su mando de control remoto y oprimió un botón.

La puerta se abrió.

Edwin Shine penetró en el consultorio, descubriendo inmediatamente a Graham Ashford, Debra Mitchell y NikelinaZlateva, tendidos los tres en el suelo, inmóviles y con los ojos cerrados.

Tardó unos segundos en reaccionar.

Cuando por fin logró salir de su estupor, se precipitó sobre Graham Ashford y Debra Mitchell, que yacían muy juntos.

Sintió un gran alivio al comprobar que sus corazones latían con

normalidad, que sólo estaban desvanecidos.

Edwin acudió junto a Nikolina.

—También tú estás viva, menos mal... —suspiró hondo.

De pronto, escuchó un débil gemido.

Procedía del otro lado de la mampara de cristal translúcido que ocultaba la mesa de reconocimientos.

Edwin se irguió y fue hacia allí.

Se quedó clavado al descubrir a RosalynAshford tendida sobre la mesa de reconocimientos, sin ninguna ropa, pues tanto el traje color canela, como el pantaloncito y los zapatos, yacían en el suelo, tirados.

—Rosalyn... —musitó Edwin, sin decidirse a acercarse a ella, frenado por la completa desnudez de la muchacha.

Pero finalmente lo hizo.

Rosalyn, que tenía los ojos cerrados y la cabeza ladeada, emitió otro leve gemido.

Lo primero que hizo Edwin, fue recoger el traje del suelo y echarlo sobre el cuerpo desnudo de la joven, cuyas mejillas palmeó seguidamente.

—Rosalyn...

Ella movió la cabeza débilmente.

Al abrir los ojos, y descubrir a Edwin Shine, lanzó un chillido de terror.

Edwin abrió la boca, perplejo.

—Rosalyn...

—¡No me toque, monstruo!

—¿Qué?

—¡Aparte sus calientes y asquerosas manos de mi cuerpo!

—Pero, si yo no...

—¡No dejaré que me viole, canalla!

—¿Que yo...? —parpadeó Edwin.

Rosalyn, dándose cuenta de que no sólo podía hablar, sino también mover brazos y piernas, le pegó un puñetazo a Edwin.

En todo el ojo.

Edwin dio un grito y se llevó rápidamente las manos a la cara, al tiempo que se doblaba hacia adelante.

RosalynAshford saltó de la mesa de reconocimientos, atrapó su traje, y se lo enfundó en un santiamén, olvidándose del pantaloncito.

Su siguiente paso fue recoger sus zapatos del suelo.

Y no para ponérselos.

Los empuñó por las punteras y atacó valientemente a Edwin, cuya cabeza empezó a golpear con los tacones.

—¡Toma, alienígena, toma!

—¡Rosalyn!

—¡Te voy a machacar la cabeza a taconazos!

—¿Es que te has vuelto loca...?

—¡Yo te enseñaré a ti a violar mujeres terrestres, escoria del Universo!

—¡Deja ya de decir tonterías, maldita sea! ¡Y de arrearme taconazos también!

—¡No pararé hasta que vea tus sesos esparcidos por el suelo, alimaña del Cosmos!

Edwin, que había caído al suelo, derribado por la lluvia de taconazos, se dijo que ya estaba bien de recibir golpes y, aun sintiéndolo mucho, se arrojó sobre la hija del jefe de la base marciana «JUNO» y la derribó, sujetándole los brazos contra el suelo.

—¡Basta ya, Rosalyn!

—¡Suéltame, gusano del espacio!

—Para que me dejes tuerto de un taconazo, ¿verdad?

—¡Ciego, quisiera dejarte!

—¿Y cuál es la razón, si puede saberse?

—¡Me has dejado desnuda, te has aprovechado de mí, y te disponías a poseerme cuando sonó el timbre!

—¿Yo...?

—¡Sí, tú, reptil de otro mundo! ¡Interrumpiste tu repugnante acción por un momento, pero ya estás de nuevo aquí, dispuesto a hacerme tuya! ¿Has matado a la persona que llamó, como mataste a mi padre y a la doctora Mitchell?

—¡Yo fui quien pulsó el timbre, Rosalyn! ¡Y tu padre y la doctora Mitchell no están muertos, sino desvanecidos; como Nikolina!

RosalynAshford interrumpió sus forcejeos.

—¿Es cierto que sólo están desvanecidos?

—¡Pues claro!

—Yo creí que los habías matado...

—¿Por qué iba yo a cometer semejante disparate?

—Para poder abusar de mí con absoluta tranquilidad.

—¿Y de dónde has sacado tú que yo desee abusar de ti?

—Ya lo hiciste, en mi habitáculo.

—Sólo te di un beso, y porque tú me autorizaste a ello.

—Eso fue antes de vestirte de gladiador.

—¿Que yo me vestí de qué...?

—De gladiador romano.

—¿A ti te han hablado en chino alguna vez?

—Sí, una.

—¿Y entendiste algo?

—Ni jota.

—Pues eso me está sucediendo a mí contigo.

—¿Qué has hecho con la espada en forma de rayo?

—Se la presté a un amigo que fabrica tormentas.

—También tenéis sentido del humor en tu planeta, ¿eh?

—Sí, en la Tierra somos muy chistosos.

—De nada te servirá fingir, ya sabemos que tú no eres terrestre.

—¿Qué soy entonces, marciano?

—Tú sabrás.

—A tu cerebro le pasa algo, Rosalyn —suspiró Edwin, poniéndose en pie.

La joven quedó desconcertada, al ver que él la soltaba.

Y no sólo eso, sino que la ayudó a levantarse.

—¿Ya no deseas hacerme tuya, Edwin?

—Bueno, no niego que me gustaría hacer el amor contigo, pero no es el momento. Tu padre, la doctora Mitchell y Nikolina, nos necesitan. Vamos, ayúdame a reanimarlos —rogó Edwin, yendo hacia ellos.

Rosalyn estaba la mar de confusa.

¿Qué le pasaba a Edwin?

¿Acaso pensaba él que podía negar todo lo sucedido?

En cuanto su padre se recobrase, intentaría apresarle.

O acabar con él…

Pero a Edwin Shine no parecía preocuparle lo más mínimo, puesto que ya estaba tratando de hacer volver en sí a Graham Ashford.

—Ocúpate tú de la doctora Mitchell, Rosalyn —indicó.

La joven obedeció.

Graham Ashford y Debra Mitchell volvieron en sí casi al mismo tiempo. También NikolinaZlateva, sin que nadie la atendiera.

Huelga decir que la sorpresa que se llevó Graham Ashford, al ver a Edwin Shine junto a él, atendiéndole con el mayor interés, fue mayúscula.

—¿Se encuentra bien, capitán Ashford?

La respuesta del jefe de la base fue disparar su puño y estrellarlo en la mandíbula de Edwin, al cual tiró de espaldas.

Un segundo después, Graham Ashford tenía en la diestra su pistola de rayos láser.

—¡Capitán! —exclamó Edwin, Con los ojos muy abiertos.

—¡No te muevas, Edwin! ¡No te muevas o te convierto en cenizas! —amenazó Graham Ashford, y parecía muy dispuesto a hacerlo.

* * *

Edwin Shine no movió ni un dedo.

La doctora Mitchell, Rosalyn y Nikolina se agruparon en torno a Graham Ashford.

—¿Puedo preguntar qué significa esto, capitán Ashford?— dijo Edwin—, ¿Por qué me ha golpeado? ¿Por qué me miran los tres como si fuera un bicho raro?

—¿De dónde eres, Edwin?—interrogó Graham Ashford, severamente.

—¿También usted con eso, capitán...?

—¿A cuántas mujeres de la base has violado?

—¡Capitán!

—Responde.

—¡Yo no he violado a nadie!

—Nikolina es una de ellas.

—¿Qué…?

—Abusaste de ella hace tres noches.

—¡Eso es falso!

—Será cínico… —rezongó NikolinaZlateva.

—¡Diles tú que no es cierto, Nikolina!

—¡Claro que es cierto, bandido!

Edwin se oprimió las sienes con desesperación.

—¡Están todos locos!

—¿Qué pasó después que Edwin me dejara sin sentido con el rayo que brotó de su espada, doctora Mitchell? —preguntó Graham Ashford.

—Me dejó sin sentido a mí también, de la misma forma —respondió Debra Mitchell.

—Yo me desmayé al verle caer a usted, capitán… —murmuró Nikolina.

—¿Y tú, Rosalyn…? —inquirió Graham Ashford.

—No, a mí no me dejó sin sentido, papá. A mí me paralizó y me dejó muda con su poder, me tomó en brazos, y me depositó sobre la mesa de reconocimientos. Entonces, me quitó el traje y la prenda interior, cubriéndome seguidamente de besos y caricias, como la otra vez. Estaba a punto de poseerme, cuando sonó el timbre del consultorio. El se retiró inmediatamente, desapareciendo. Cuando abrí los ojos, Edwin se hallaba de nuevo junto a mí, pero vestido así, con el uniforme de la base.

—¿Estaba abusando nuevamente de ti?

—¡No, y mil veces no! —rugió Edwin—. ¡Yo estaba tratando de reanimarla! ¡Ignoro quién hizo todo eso que ustedes cuentan, pero les juro que no fui yo! Yo sólo vine a interesarme por Nikolina. Llamé dos veces, y como la doctora Mitchell no abría, pese a estar encendido el

disco verde, me atreví a entrar, utilizando mi mando de control remoto. Usted yacía en el suelo, capitán Ashford, al igual que la doctora Mitchell y Nicotina.

—Trata de engañarnos, papá —dijo Rosalyn.

—Lo sé, pero no lo conseguirá —rezongó Graham Ashford.

Edwin sacudió la cabeza.

—Por Dios, capitán Ashford, razone usted con lógica. Si yo fuera realmente un extraterrestre, y pudiese, como Rosalyn asegura, paralizar y dejar mudas a las personas con mi poder, ya hubiese recurrido a él, para librarme de ustedes.

—Eso es cierto, capitán Ashford… —murmuró Debra Mitchell.

—Forma parte de su plan, no hay duda —masculló el jefe de la base.

—¡Pero qué plan ni que…! —se exaltó de nuevo Edwin—. ¡Yo soy terrestre, capitán Ashford, y no poseo poderes de ninguna clase! ¡Ni indumentaria de gladiador romano! ¡Ni espada en forma de rayo!

—Que no te líe, papá —dijo Rosalyn.

—Descuida. Llamaré a los guardias de seguridad y haré que lo encierren y lo vigilen permanentemente.

Edwin, furioso, apuntó con el dedo a Graham Ashford.

—Está cometiendo un grave error, capitán Ashford. Es evidente que alguien, suplantando mi personalidad, está abusando de las mujeres de la base. Y, por lo que les he oído decir, con respecto a su extraña indumentaria y a esa singular espada que lleva, y que lanza rayos, es posible que tengan razón, y se trate de un extraterrestre. Si en lugar de buscarlo y apresarlo a él, me apresa a mí, ese ser seguirá actuando en completa libertad, y sólo Dios sabe cómo acabará todo esto.

Las palabras de Edwin Shine sembraron la duda entre Graham Ashford, Rosalyn, la doctora Mitchell y Nikolina.

Edwin, dándose cuenta de ello, insistió:

—¿Tan exacto es ese ser a mí, que ninguno de ustedes puede diferenciarnos? ¿Tan idéntico es nuestro timbre de voz?

—Sí, el parecido es exacto —asintió Debra Mitchell—. En cuanto a su voz... Aquí, en el consultorio, ni dijo nada.

—NI en mi habitación —dijo Nikolina.

—Ni el mío —murmuró Rosalyn.

—Eso prueba que se trata de un extraterrestre —dijo Edwin—. No habla nuestra lengua, por eso permanece callado.

—Que es un extraterrestre, ya lo sabemos —gruñó Graham Ashford—. La duda estriba en si tú y él sois o no un mismo ser.

—Capitán Ashford, yo le juro a usted por mi madre que...

Edwin Shine no acabó la frase.

Y no la acabó porque alguien había aparecido de pronto en la puerta del baño del consultorio.

El otro Edwin Shine.

CAPITULO VII

Se disiparon en el acto todas las dudas.

Había dos Edwin Shine.

El terrestre y el extraterrestre.

Graham Ashford no perdió un solo segundo esta vez, porque ya sabía lo peligroso que era el Edwin Shine extraterrestre.

Movió rápidamente la diestra, con el fin de apuntar al alienígena con su pistola de rayos láser.

Pero sólo consiguió eso, apuntarle.

No le dio tiempo a apretar el gatillo.

El Edwin Shine extraterrestre le envió un rayo purpúreo que le alcanzó en el pecho, y el jefe de la base marciana «JUNO» tembló como la otra vez por espacio de unos breves segundos, derrumbándose seguidamente.

El Edwin Shine terrestre, repuesto de la sorpresa que le había causado la repentina aparición de su doble, entró en acción de forma centelleante.

Como seguía en el suelo, tiró de su pistola de rayos láser en aquella posición.

El ser de otro mundo le apuntó velozmente con su peculiar espada, de cuyo extremo brotó un segundo rayó purpúreo.

Edwin no se había quedado quieto mientras tiraba de su arma, sino que giró sobre sí mismo, y eso le libró del rayo que le envió el alienígena.

Este, al comprobar su fallo, quiso repetir suerte, pero Edwin accionó antes su pistola de rayos láser.

Y con mucha fortuna.

Sí, porque su rayo láser alcanzó al extraterrestre en el tórax.

El doble de Edwin Shine se convirtió en una bola de humo rojo como la sangre, que lo envolvió por completo.

Edwin continuó en el suelo.

Presto a disparar de nuevo, si se hacía necesario.

Pero no lo fue.

La bola de humo rojo se fue disipando, hasta desaparecer por completo.

Del ser de otro mundo, ni rastro.

Se había desintegrado totalmente.

NikolinaZlateva no pudo resistir la escena y se desmayó, desplomándose junto a Graham Ashford.

—¡Nikolina! —gritó Debra Mitchell, arrodillándose junto a los dos.

Rosalyn la imitó;

Edwin Shine se puso en pie y enfundó su arma, convencido de que ya no iba a necesitarla.

El rayo láser había mandado al infierno al ser de otro mundo.

Edwin se interesó por Graham Ashford y Nikolina.

—Volverán en sí dentro de unos minutos —aseguró la doctora Mitchell.

Edwin miró a Rosalyn.

—¿Qué, has caído ya del burro, chica lista? —le dijo, con cara de enfado.

La joven se mordisqueó los labios, avergonzada.

—Lo siento, Edwin. ¿Cómo iba a suponer yo que...?

—Me cansé de repetirte que yo no te había desnudado, y todo lo demás.

—Ya te he dicho que lo siento.

—Me llamaste de todo. Escoria del Universo, alimaña del Cosmos, gusano del espacio, reptil de otro mundo...

—Esos insultos eran para el otro.

—Pero el puñetazo en el ojo me lo diste a mí. Y los taconazos. Tengo la cabeza llena de chichones.

—Y el ojo color chocolate... —observó Debra Mitchell.

—No me extraña. Si casi no puedo abrirlo... —rezongó Edwin, tocándoselo.

—No sé qué decir, Edwin... —murmuró Rosalyn, bajando la cabeza.

—Claro, ya me lo dijiste todo antes.

—Discúlpela, Edwin —rogó la doctora Mitchell—. Discúlpenos a todos. Debe comprender que...

—Si lo comprendo, doctora. Pero también ustedes deben comprender que tengo motivos para estar enfadado. Menuda mañana llevo... Me encuentro con Nikolina en el corredor, y me da una bofetada que, si me pilla la oreja, me la plancha. Poco después, vengo a su consultorio a interesarme por su salud, y Rosalyn me pone un ojo negro con el puño y me deja la cabeza madura a golpes de tacón, sólo por tratar de reanimarla. Minutos más tarde, el capitán Ashford me suelta un castañazo y casi me salta un par de dientes. Ya me dirá usted si no es para...

Debra Mitchell sonrió.

—Menos mal que vino usted a interesarse por Nikolina, Edwin. No sólo evito que ese ser de otro mundo poseyera a Rosalyn, sino que acabó con él.

—Sí, fue lo único que me salió bien.

—Ya no tendremos que preocuparnos por él. Aunque sí por Nikolina...

—¿Nikolina?

—Por el hijo que espera, más bien.



Edwin agrandó los ojos.

—¿Nikolina espera un hijo...?

—Sí. Y, según ella, el padre no puede ser otro que ese ser de otro planeta a quien usted desintegró.

—Dios mío... Tendrá un hijo de un ser extraterrestre... —murmuró Edwin.

La doctora Mitchell suspiró.

—Confiemos en que sea la única mujer de la base que se halle en esas circunstancias.

Edwin Shine quedó pensativo.

Preocupado.

Y, como más tarde se vería, había motivos para ello.

CAPITULO VIII

Graham Ashford y NikolinaZlateva volvían en sí poco después.

Edwin Shine informó al jefe de la base marciana «JUNO» del fin del ser extraterrestre que adoptara su personalidad, lo cual tranquilizó no poco a su superior.

Pero, al igual que Edwin y la doctora Mitchell, Graham Ashford intuía que no todos los problemas estaban resueltos.

Pensaba en NikolinaZlateva, y en el ser que en sus entrañas se estaba formando.

Un ser que ya tenía tres meses, pese a que sólo hacía tres días que Nikolina había sido poseída por el extra- terrestre.

Increíble, pero cierto.

—¿Quieres tener ese hijo, Nikolina? —preguntó Graham Ashford a la joven.

Ella titubeó.

—Bueno, yo...

—La doctora Mitchell podría impedirlo.

—Lo sé.

—Piénsalo, y danos tu respuesta cuando lo hayas decidido.

Nikolina miró a Debra Mitchell.

—¿Usted qué me aconseja, doctora?

—Que no lo tengas —respondió, sin vacilar, Debra Mitchell.

—¿Por qué?

—Su padre no es terrestre, y es lógico pensar que no será un ser normal. Por de pronto, se está desarrollando en tu vientre mucho más de prisa de lo corriente.

—¿Quiere decir que no se parecerá a Edwin? —Nikolina miró un instante a Shine.

—Puedes apostar a que no, Nikolina —respondió Graham Ashford—. El extraterrestre se presentó ante nosotros con el físico de Edwin, pero estoy seguro que era muy distinto de éste.

—¿Por qué adoptaría la personalidad de Edwin?. —preguntó Rosalyn.

—Me temo que eso nunca lo sabremos —suspiró Graham Ashford.

—Necesitaba suplantar a alguien de la base, para ocultar su

verdadera personalidad, y me escogió a mí al azar —pensó Edwin.

—Sí, probablemente —repuso el jefe de la base—. Bien, ¿lo has decidido ya, Nikolina?

La joven asintió con la cabeza.

—Seguiré el consejo de la doctora Mitchell, capitán Ashford: no tendré el hijo que espero. Cuando ella diga, me someteré a...

—Te avisaré cuando todo esté a punto, Nikolina —dijo Debra Mitchell.

—Bien.

Graham Ashford indicó:

—Doctora Mitchell, averigüe usted si alguna otra mujer de la base recibió la silenciosa «visita» de un Edwin Shine vestido de gladiador romano, y si fuera así, examínela y compruebe si le ocurre lo que a Nikolina.

—Iba a sugerírselo, capitán Ashford —repuso la doctora.

—Edwin...

—¿Sí, capitán?

—La nave espacial utilizada por el extraterrestre para llegar a Marte, debe ser encontrada, para su estudio.

—Permita que me ocupe yo de ello, señor.

—Iba a pedírtelo —sonrió Graham Ashford.

—Gracias, capitán. Saldré inmediatamente en su busca. —Un momento, Edwin —rogó Rosalyn.

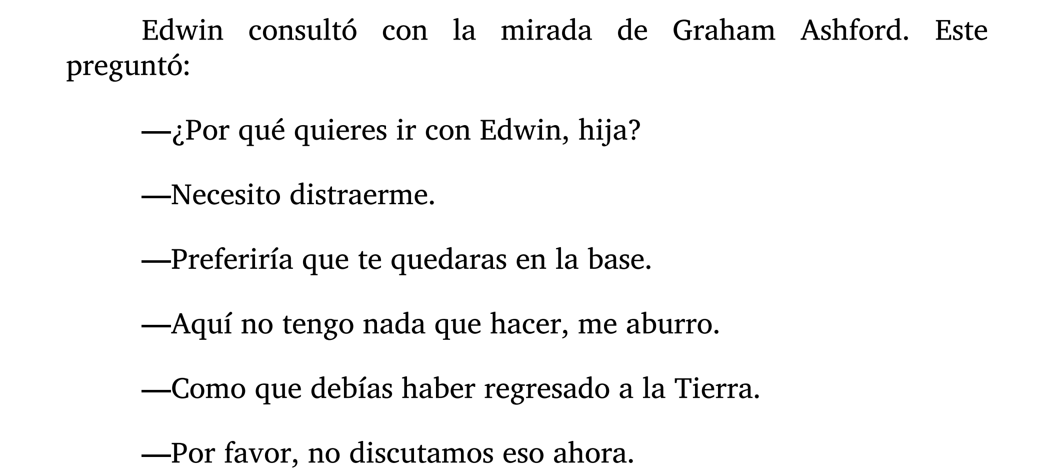
El joven, que ya se había puesto en movimiento, se detuvo.

—¿Sí, Rosalyn?

—¿Puedo ir contigo?

—¿Conmigo?

—Por favor



Edwin consultó con la mirada de Graham Ashford. Este preguntó:

—¿Por qué quieres ir con Edwin, hija?

—Necesito distraerme.

—Preferiría que te quedaras en la base.

—Aquí no tengo nada que hacer, me aburro.

—Como que debías haber regresado a la Tierra.

—Por favor, no discutamos eso ahora.

Graham Ashford dio un suspiro.

—Edwin...

—¿Sí, capitán?

—¿Te importa que Rosalyn te acompañe?

—Siempre que no me ponga negro el otro ojo...

La joven enrojeció ligeramente.

—No me mortifiques más con eso, Edwin.

—Está bien, puedes venir conmigo.

—¡Oh, gracias! —brincó de alegría Rosalyn.

* * *

La pequeña nave sobrevolaba el suelo marciano.

Un suelo acribillado de gigantescos cráteres y circos, cuyas murallas aparecían desgastadas por la intensa y prolongada erosión, que había desmoronado las crestas y rellenado las depresiones.

—Qué panorama tan desolador... —murmuró RosalynAshford.

—¿Qué esperabas encontrar? —gruñó Edwin Shine, pilotando la

nave con seguridad.

La joven lo miró.

—¿Es que no vas a perdonarme nunca, Edwin?

—¿De qué hablas?

—Tú sabes muy bien de lo que hablo.

—Me duele el ojo. Y la cabeza.

—Y yo tengo la culpa, ¿verdad?

—A ver.

—No eres justo conmigo, Edwin.

—¿Tú crees?

—¿Qué hubieras hecho tú, de hallarte en mi lugar?

—Razonar, antes de arrear.

—Eso es muy fácil de decir ahora.

—Viste que iba vestido de uniforme, no de gladiador romano. Luego era yo, no el otro Edwin.

—Yo ni siquiera sospechaba que hubiera dos Edwin Shine.

—Claro.

—Mi padre también te sacudió, y a él no le pusiste cara de perro.

—Porque es el jefe de la base.

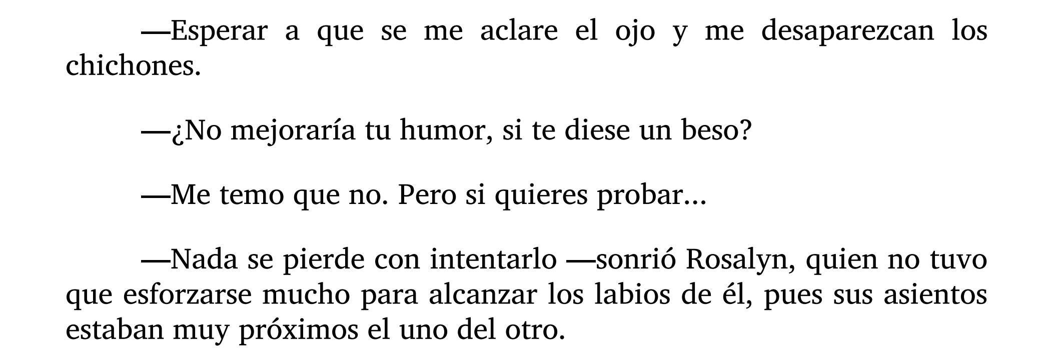
—Y yo soy la hija del jefe de la base.

—¿Para esto querías acompañarme, para discutir conmigo,

—Todo lo contrario. Quería estar a solas contigo, porque pensé que así lograría que me perdonaras.

—Te va a costar.

—¿Qué puedo hacer, para que se te pase el enfado?



—Esperar a que se me aclare el ojo y me desaparezcan los chichones.

—¿No mejoraría tu humor, si te diese un beso?

—Me temo que no. Pero si quieres probar...

—Nada se pierde con intentarlo —sonrió Rosalyn, quien no tuvo que esforzarse mucho para alcanzar los labios de él, pues sus asientos estaban muy próximos el uno del otro.

Edwin se dejó besar, pero no devolvió la caricia.

Rosalyn, lejos de desanimarse, le rodeó el cuello con los brazos y volvió a besarle, con mucho más ardor que antes.

Y sin ninguna prisa por terminar.

Pensaba estarse así una hora, si era preciso.

Pero ni hizo falta tanto.

Tan sólo algunos segundos después, Edwin la apretaba contra sí con un brazo y le devolvía el beso con verdaderas ganas.

Cuando sus bocas se separaron, que fue un par de cráteres después, Rosalyn pudo comprobar que la expresión de Edwin había cambiado por completo.

—Parece que lo conseguí, ¿eh? —dijo, sonriéndole.

—¿El qué? —preguntó él, sin soltarla.

—Mejorar tu humor.

—Sólo un poco.

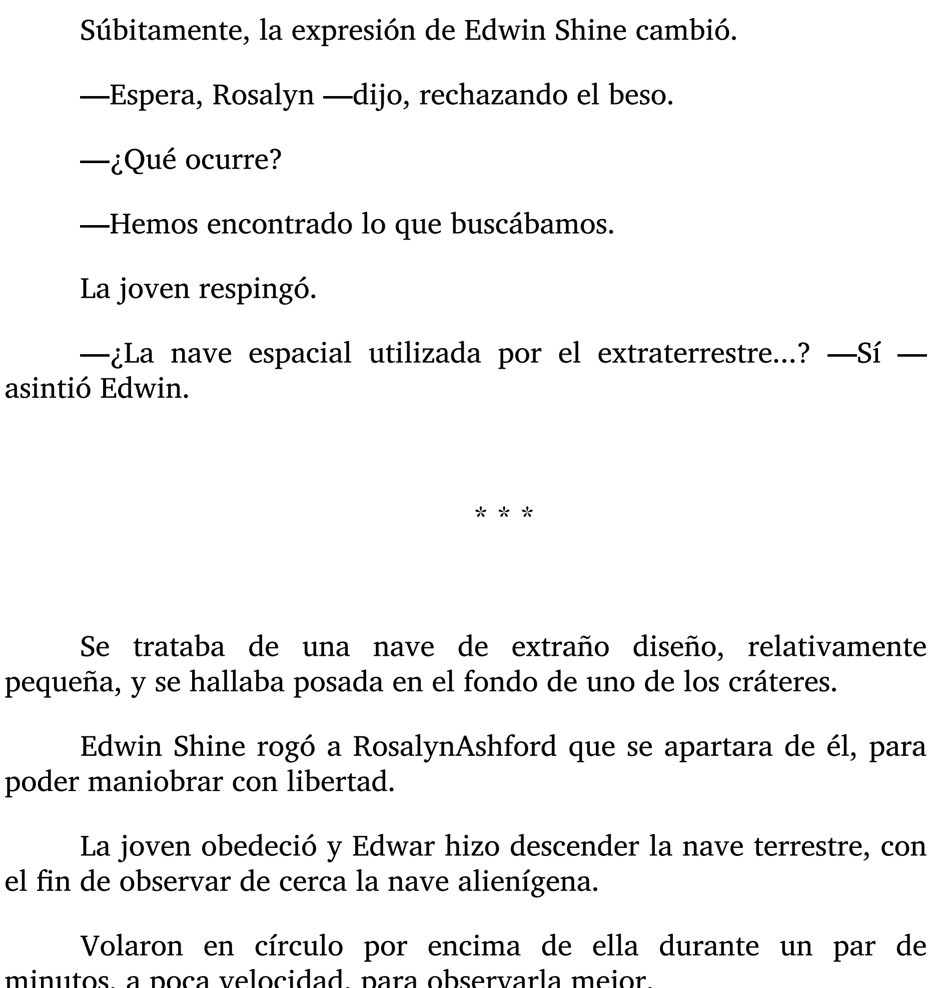
—¿Me estás pidiendo otro beso?

—No; pero si me lo das, prometo colaborar.

—Eres un granuja.

—Te recuerdo que la idea fue tuya.

—Sí, y no me arrepiento —confesó Rosalyn, y se dispuso a unir de nuevo su boca a la de él.



Súbitamente, la expresión de Edwin Shine cambió.

—Espera, Rosalyn —dijo, rechazando el beso.

—¿Qué ocurre?

—Hemos encontrado lo que buscábamos.

La joven respingó.

—¿La nave espacial utilizada por el extraterrestre...? —Sí —asintió Edwin.

* * *

Se trataba de una nave de extraño diseño, relativamente pequeña, y se hallaba posada en el fondo de uno de los cráteres.

Edwin Shine rogó a RosalynAshford que se apartara de él, para poder maniobrar con libertad.

La joven obedeció y Edwar hizo descender la nave terrestre, con el fin de observar de cerca la nave alienígena.

Volaron en círculo por encima de ella durante un par de minutos, a poca velocidad, para observarla mejor.

—Qué nave tan rara... —murmuró Rosalyn.

—Parece una araña gigante —dijo Edwin.

—Sí, sólo que metálica y brillante. Incluso parece que tiene ojos...

—Informaré a tu padre.

Edwin estableció comunicación con la base y habló con Graham Ashford, cuando el rostro de éste apareció en la pequeña pantalla.

—Hemos localizado la nave extraterrestre, capitán Ashford.

—Bravo, Edwin. ¿Cómo es?

Edwin se la describió con detalle.

—¿En qué zona se encuentra? —inquirió Graham Ashford.

Edwin se lo explicó.

—Perfecto, Edwin. Podéis regresar a la base.

—¿No quiere que eche un vistazo al interior de la nave, capitán?

—Ni se te ocurra, Edwin —prohibió Graham Ashford.

—¿Piensa que puede ser peligroso?

—Sí, lo pienso.

—Pero, el extraterrestre está muerto, lo desintegré con mi pistola de rayos láser...

—Lo sé. Pero es una nave alienígena, Edwin, y puede llevar a bordo algún ingenio electrónico que...

—¿Está pensando en un robot?

—Algo así.

—Está bien, capitán. Regresaremos a la base.

—Es lo prudente, Edwin. Más tarde enviaré un equipo de hombres con los aparatos necesarios para asegurarse, antes de entrar en la nave extraterrestre, de que no existe ningún peligro en ella.

—¿Podré formar parte de ese equipo, señor?

—Sí, no hay inconveniente.

—Gracias, capitán.

—¿Cómo se está portando Rosalyn, Edwin?

—Me daba tanto la lata, que la arrojé de cabeza a un cráter.

—¡Edwin!

El joven rió.

—No se alarme, capitán, que era sólo una broma. La verdad es que Rosalyn se está portando muy bien.

—Vaya, me alegro.

—Corto, capitán.

—Hasta dentro de un rato, Edwin —sonrió Graham Ashford.

Edwin apagó la pantalla y miró a Rosalyn.

—Tu padre se había creído lo del cráter.

—Por un momento, también yo llegué a pensar que harías una cosa así, si no me callaba.

—Estaba enfadado, pero no tanto —dijo Edwin, alargando la mano hacia ella.

—¿Qué haces? —preguntó Rosalyn, al ver que los dedos de él atrapaban el cierre delantero del traje y empezaban a bajarlo.

—Siento deseos de acariciarte.

—Frena.

—¿Qué pasa, sigues pensando que mis manos son calientes y asquerosas?

—Las del falso Edwin, no las tuyas —sonrió Rosalyn.

—¿Entonces?

—Opino que debemos dejar las caricias para cuando estemos en la base.

—Allí nos puede sorprender alguien, mientras que aquí...

—No quiero que te distraigas, Edwin.

—Antes no te importó distraerme.

—Tenía que borrar tu mal humor como fuera.

—Mal humor que voy a recuperar, si no me dejas acariciarte.

—Edwin...

—Aunque sólo sea un minuto.

—¿Seguro que sólo será un minuto?

—Te doy mi palabra.

—Espero por tu bien que la cumplas —dijo Rosalyn, soltándole la mano.

Edwin bajó más el cierre y deslizó su mano por la abertura, alcanzando lo que ella, involuntariamente, le mostrara cuando lo del cambio de sofá, al agacharse, y que él tuvo ocasión de contemplar de nuevo cuando encontrara a la muchacha tendida sobre la mesa de reconocimientos de la doctora Mitchell.

El momento fue muy agradable, tanto para él como para ella.

Pero corto.

No duró más de diez segundos, pese a que Rosalyn le había concedido a Edwin un minuto entero.

La culpa la tuvo la pequeña nave terrestre, que seguía volando a escasa velocidad y en amplio círculo sobre la extraña nave alienígena.

Sucedió que, repentinamente, la nave terrestre cobró una velocidad de vértigo, como arrastrada por una poderosa fuerza centrífuga.

Edwin retiró en el acto la mano del cálido busto femenino, que ya había empezado a responder a sus hábiles caricias, y trató de controlar la nave.

Pero fue inútil.

Los mandos no obedecían.

Rosalyn, asustada, gritó:

—¿Qué es lo que ocurre, Edwin?

—¡No lo sé! ¡La nave parece haberse vuelto loca, y los mandos no funcionan!

—¡Dios mío!

—¡Llamaré a la base!

Pero tampoco pudo ser.

También el sistema de comunicación había dejado de funcionar.

Edwin Shine empezó a sospechar que la nave extra- terrestre

tenía mucho que ver en lo que les sucedía.

Y sus sospechas se confirmaron plenamente cuando,

súbitamente, un potente chorro de luz verdoso brotó de la extraña nave y Ies alcanzó de lleno.

La nave terrestre tembló, haciendo temblar también a Edwin Shine y RosalynAshford, quienes, escasos segundos después, perdían el conocimiento y quedaban totalmente a merced del misterioso poder que existía en la nave alienígena.

CAPITULO IX

En la base marciana «JUNO», la doctora Mitchell ya había hablado con todas las mujeres que prestaban servicio en ella.

Por fortuna, ninguna de ellas había recibido la visita del falso Edwin Shine, por lo que no hubo necesidad de efectuar reconocimiento alguno.

Graham Ashford se alegró mucho, cuando fue informado por Debra Mitchell.

—Me quitas un gran peso de encima, Debra —dijo, tuteándola, como siempre que se hallaban a solas, al tiempo que la tomaba suavemente por la cintura.

Ella elevó las manos y las puso en la nuca masculina.

Entreabrió los labios, porque adivinaba que él deseaba besarla.

Graham Ashford la besó.

Larga y apretadamente.

Luego, se miraron amorosamente a los ojos.

—Creo que voy a decírselo a Rosalyn, Debra.

—¿Que nos queremos?

—Sí.

—¿Cómo crees que lo tomará?

—No lo sé. Ella adoraba a su madre, pero sólo tenía once años cuando falleció. Han pasado ocho. Rosalyn ya es toda una mujer. Espero que comprenda que no traiciono el amor que su madre me profesaba, y que por supuesto era recíproco,- amándote ahora a ti, y acepte nuestro matrimonio con agrado.

—No he tratado mucho a tu hija, Graham, pero me parece una gran chica. Y se nota que te quiere una barbaridad.

—Sí, es cierto —sonrió Ashford orgulloso.

—¿Qué opinión tiene de mí?

—Le caes muy bien.

—¿Cómo doctora?

—Y como mujer.

—¿Te lo ha dicho ella?

—Sí.

—¿No me engañas?

—Palabra de honor.

—Bueno, en ese caso, puedo concebir esperanzas —sonrió Debra Mitchell.

—Hay algo más, Debra.

—¿El qué?

—Creo que Rosalyn se ha enamorado de Edwin.

—No tiene mal gusto.

—¿Quieres ponerme celoso?

—Tonto —rió Debra Mitchell, y le dio un beso.

—A Edwin también le gusta Rosalyn.

—Lógico, es una muchacha preciosa.

—Sería maravilloso que decidiesen casarse, ¿no te parece ?

—Desde luego. Rosalyn ya no dependería de ti, sino de Edwin, y eso, qué duda cabe, le haría ver con mejores ojos nuestro matrimonio.

—Es lo que pienso yo.

—Esperemos que todo salga bien, Graham.

—Sabes que lo deseo tanto como tú, Debra —dijo Ashford, y la besó de nuevo con vehemencia.

Un rato después, Debra Mitchell lo tenía todo dispuesto para intervenir a NikolinaZlateva.

La llamó, utilizando el videófono de su consultorio. Nikolina no contestó.

Debra Mitchell frunció el ceño.

Le había indicado a Nikolina que permaneciese en su habitáculo, descansando hasta que ella la avisase.

Ligeramente preocupada, la doctora Mitchell abandonó su consultorio y fue en busca de Nikolina, no sin antes apagar el disco verde y encender el rojo, para que se supiese que no estaba en el consultorio.

Un par de minutos después, pulsaba el timbre del habitáculo de NikolinaZlateva.

La joven no abrió.

Debra Mitchell, sin repetir la llamada, tomó su mando de control remoto y abrió la puerta con él, penetrando en el habitáculo.

Observó que la puerta del dormitorio permanecía abierta.

—¿Nikolina...? —llamó, caminando hacia allí.

Se detuvo en el umbral del dormitorio.

Contemplando a Nikolina.

Estaba echada en la cama, vestida, con los ojos abiertos, fijos en el techo.

—Nikolina... —murmuró Debra Mitchell.

La joven movió la cabeza lentamente y la miró.

En silencio.

El temor claramente reflejado en sus ojos.

Debra Mitchell penetró en el dormitorio y se acercó a ella, sentándose en el borde de la cama.

—¿No te sientes bien, Nikolina? —preguntó, tomándole el pulso, pues su palidez era perceptible.

—Estoy asustada, doctora —musitó la joven.

—¿Por qué?

—He tenido un sueño.

—¿Qué has soñado?

—Algo horrible.

—Cuéntamelo, te sentirás mejor.

—El ser que llevo en mis entrañas se negaba a ser destruido, luchaba con usted, conmigo, con el capitán Ashford... Y podía con los tres, utilizando el poder heredado de su padre, el extraterrestre que Edwin desintegró con su pistola de rayos láser.

—¿Por eso no respondiste cuando te llamé por el videófono, ni

me abriste la puerta?

—Sí. Sabía que era usted, y lo que quería decirme, y yo no deseaba oírlo.

Debra Mitchell le sonrió con suavidad.

—No fue más que un sueño, Nikolina.

—Yo más bien diría que fue una visión, doctora.

—¿Por qué?

—Porque soñé... con los ojos abiertos, sin estar dormida.

Debra Mitchell no pudo evitar un estremecimiento.

—¿Estás... segura?

—Absolutamente.

Debra guardó silencio.

—Está pensando lo mismo que yo, ¿verdad, doctora? —¿Qué estás pensando tú, Nikolina?

—Que lo que yo soñé despierta podría suceder realmente, si yo me someto a...

—No digas tonterías.

—Usted también tiene miedo, doctora Mitchell, confiéselo.

—Te aseguro que no, Nikolina.

—Lo veo en sus ojos.

—Figuraciones tuyas.

Hubo un silencio.

Debra Mitchell se puso en pie.

—¿Vamos, Nikolina?

—¿Por qué no hacemos una cosa, doctora?

—¿El qué?

—Esperamos a que nazca el niño, y si como usted y el capitán Ashford sospechan, no es un ser normal, lo... —¿Lo qué?

Nikolina se mordió los labios.

—Sería mucho más horrible, lo comprendo.

Debra Mitchell le oprimió la mano cariñosamente.

—Animo, Nikolina. Todo saldrá bien.

NikolinaZlateva forzó una sonrisa y se levantó de la cama.

—Estoy dispuesta, doctora Mitchell.

* * *

NikolinaZlateva se hallaba acostada en la cama de operaciones, en posición de parto, desnuda bajo una sábana.

Al ver que Debra Mitchell tomaba una aguja hipodérmica, y la acoplaba a una jeringa que contenía un líquido blanquecino, preguntó:

—¿Para qué es eso, doctora?

—Para dormirte.

—Olvídelo.

Debra Mitchell la miró, sorprendida.

—¿Que lo olvide...?

—Quiero estar despierta, para ver lo que ocurre.

—Pero...

—Si no es así, me niego a ser intervenida.

—La cánula de aspiración te causará dolor.

—No se preocupe por eso. Tengo el presentimiento de que no va a poder llevar usted la operación a cabo. El ser que quiere destruir, no Se dejará,

Nikolina observó que la doctora Mitchell palidecía.

Que su miedo, ese miedo que ella negaba tener, se acrecentaba.

Que su nerviosismo, admirablemente contenido, se acentuaba.

—¿Tratas de asustarme, Nikolina?

—No, porque ya lo está.

—Basta ya.

—Adelante, doctora, intente acabar con mi hijo. Verá como no puede. Es más fuerte que usted y que yo.

Debra Mitchell se fijó en los ojos de NikolinaZlateva.

Parecían más negros que nunca.

Más brillantes.

Más rasgados.

Parecían los de una pantera dispuesta a atacar.

Debra Mitchell empezó a sudar.

Era un sudor frío, helado.

Estuvo tentada de desistir y pedirle a Nikolina que se levantara, se vistiera, y se largara con el ser que con tan asombrosa rapidez se estaba formando en su vientre.

Pero se contuvo.

Debía practicar la intervención.

Por el bien de todos.

Respiró profundamente, para serenarse, y se dispuso a cumplir con su obligación.

Apenas se acercó a las separadas piernas de Nikolina, con el aparato ginecológico cuya función era mantener abierta la vagina, para proceder seguidamente a la dilatación del cuello del útero, mediante la introducción de una serie de cánulas de diámetro progresivamente superior, un sordo rugido brotó de las entrañas de la

muchacha.

Como emitido por un animal salvaje.

Algo escalofriante de verdad.

Debra Mitchell se preguntó si no habría sido producto de sus nervios, alterados por las últimas palabras de Nikolina.

Esta sonrió extrañamente.

—¿Oye cómo ruge, doctora Mitchell? Sabe lo que usted trata de hacer, y no está dispuesto a permitirlo. Si insiste usted, la atacará, y la hará sufrir horriblemente con su poder, tal como sucedió en mi sueño.

Debra Mitchell notó que su cuerpo se humedecía nuevamente, con el retorno de aquel frío y extraño sudor.

Su pulso tembló.

Y sus rodillas.

Estaba a punto de sufrir un violento ataque de nervios, provocado por el terror que Nikolina le había metido en el cuerpo con sus amenazas, su felina mirada, y su extraña sonrisa, que tenía bastante de siniestra.

No obstante, hizo un esfuerzo por sobreponerse y de nuevo se dispuso a colocar el aparato ginecológico en la vagina de Nikolina.

Un segundo rugido, más escalofriante aún que el primero, la detuvo en seco.

Debra Mitchell ya no pudo resistir más.

Se irguió de golpe.

Gritó.

Chilló.

De pronto, dejó caer al suelo el aparato ginecológico y echó a correr.

Hacia la puerta.

En busca de Graham Ashford.

NikolinaZlateva rompió a reír.

Era una risa fuerte.

Extraña.

Anormal.

Tan anormal como el ser que ella llevaba en sus entrañas, y al que —Nikolina estaba ahora absolutamente segura— nada ni nadie podría destruir, ni antes ni después del parto.

CAPÍTULO X

Edwin Shine abrió los ojos.

Se encontró sentado en su asiento.

Junto a él, RosalynAshford.

La cabeza doblada sobre su pecho, los ojos cerrados.

Edwin comprobó que su nave se hallaba posada en el fondo del enorme cráter, a unos treinta metros de la nave extraterrestre, que

seguía quieta, en la misma posición, con aquel aspecto de araña gigante.

Se desabrochó el cinturón de seguridad y se levantó, situándose frente a Rosalyn, cuya cabeza levantó con suavidad.

—Rosalyn... Despierta, Rosalyn.

La joven volvía en sí a los pocos segundos.

Debió recordar de golpe lo sucedido, pues su cara expresó un infinito terror.

—¡Edwin! —gritó, agarrando los brazos de él.

—Cálmate, Rosalyn. Todo va bien.

—¿Dónde estamos?

—En el fondo del cráter.

—¿Y a eso le llamas tú ir bien?

—No hemos sufrido ningún daño en la caída. Tampoco la nave, creo.

Rosalyn buscó con la mirada la nave extraterrestre.

—¡Ella nos hizo caer, Edwin! —la apuntó con la mano.

—Sí, creo que sí.

—¡Toda la nave tembló, cuando nos envió aquel rayo de luz verdosa!

—En efecto.

—¡Hay alguien dentro, Edwin!

—Alguien... o algo.

—¿Algo?

—Tu padre habló de un posible ingenio electrónico, de una especie de robot, y yo creo que se trata de eso.

—¿Y si fuera el extraterrestre, Edwin?

—Imposible. Tú viste cómo lo desintegré, con mi pistola de rayos láser.

—Yo sólo vi una bola de humo rojo.

—Ningún ser vivo puede resistir un rayo láser, Rosalyn. El extraterrestre se desintegró, no le des más vueltas.

—No hables de vueltas, que todavía estoy mareada. Dimos por lo menos un millón.

—La nave extraterrestre nos atrapó con una especie de fuerza centrífuga, que no nos permitía acercamos a ella ni alejarnos lo suficiente para escapar.

—Y bloqueó nuestro sistema de comunicación....

—Voy a ver si sigue así.

Edwin volvió a su asiento y trató de establecer comunicación con la base marciana «JUNO».

—Continúa inutilizado... —dijo, tras varios intentos.

—¿Y los mandos...?

Edwin probó a encender el motor.

—No funciona nada —rezongó, luego de haber insistido varias veces.

Rosalyn se mordió el labio inferior.

—¿Qué vamos a hacer, Edwin?

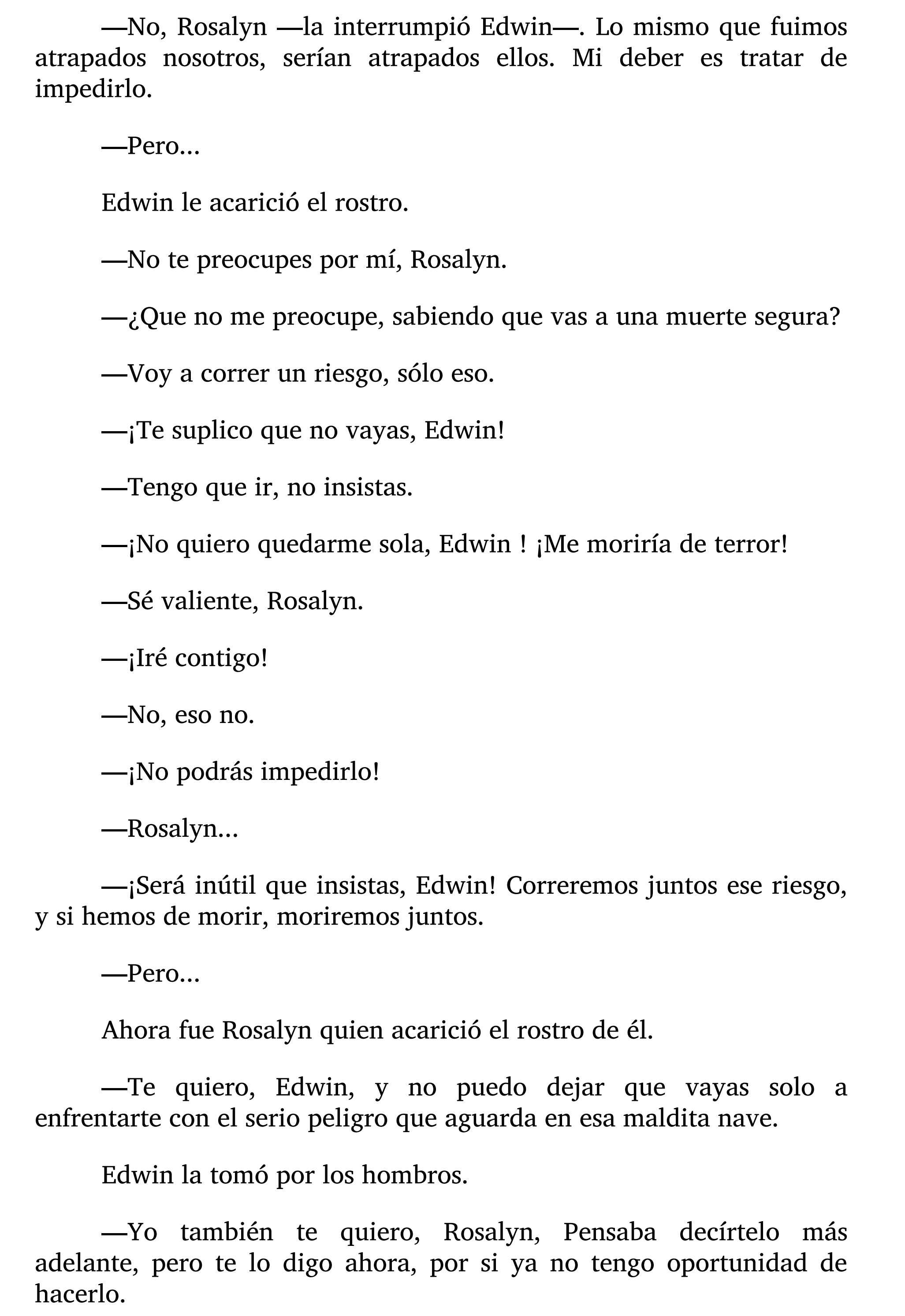
Este clavó sus ojos en la nave alienígena.

—Voy a ir a la nave extraterrestre.

—¡No!

—Sí, no hay más remedio. Debo enfrentarme a lo que hay ahí dentro, sea lo que sea.

—¡Es mejor esperar a que mi padre mande a buscarnos! ¡Cuando vea que pasa el tiempo y no regresamos a la base, y que no pueden comunicarse con nosotros...!



—No, Rosalyn —la interrumpió Edwin—. Lo mismo que fuimos atrapados nosotros, serían atrapados ellos. Mi deber es tratar de impedirlo.

—Pero…

Edwin le acarició el rostro.

—No te preocupes por mí, Rosalyn.

—¿Que no me preocupe, sabiendo que vas a una muerte segura?

—Voy a correr un riesgo, sólo eso.

—¡Te suplico que no vayas, Edwin!

—Tengo que ir, no insistas.

—¡No quiero quedarme sola, Edwin ! ¡Me moriría de terror!

—Sé valiente, Rosalyn.

—¡Iré contigo!

—No, eso no.

—¡No podrás impedirlo!

—Rosalyn…

—¡Será inútil que insistas, Edwin! Correremos juntos ese riesgo, y si hemos de morir, moriremos juntos.

—Pero…

Ahora fue Rosalyn quien acarició el rostro de él.

—Te quiero, Edwin, y no puedo dejar que vayas solo a enfrentarte con el serio peligro que aguarda en esa maldita nave.

Edwin la tomó por los hombros.

—Yo también te quiero, Rosalyn, Pensaba decírtelo más adelante, pero te lo digo ahora, por si ya no tengo oportunidad de hacerlo.

Los ojos de RosalynAshford se humedecieron.

— Bésame, Edwin. Y abrázame fuerte.

Edwin Shine la estrechó contra su pecho y la besó fervorosamente.

Luego, dijo:

—De acuerdo, Rosalyn. Iremos juntos a enfrentarnos con ese peligro que nos espera en la nave alienígena.

* * *

Algunos minutos después, Edwin Shine y RosalynAshford abandonaban la pequeña nave, adecuadamente equipados para caminar por el suelo marciano.

Traje espacial térmico, que les protegía del riguroso clima de Marte, escafandra, provisión de oxígeno —la atmósfera de Marte, muy tenue, está compuesta en su mayor parte por dióxido de carbono, con sólo 0,1 por ciento de oxígeno—, botas especiales...

Pese a ello, podían moverse con soltura y sin fatiga, ya que su propio cuerpo y los equipos que llevaban consigo apenas si pesaban algo más de un tercio de lo que pesarían en la Tierra, debido a la menor gravedad de la superficie marciana.

Llevaban, también, sendos fusiles de rayos láser.

Edwin empuñaba el suyo con mucha firmeza.

Rosalyn, con manos temblorosas.

Y es que la joven temía que no iban a servirles de mucho contra el poderoso enemigo, ya fuera ser vivo o máquina, que les esperaba en el interior de la nave extraterrestre.

Edwin caminaba delante.

Rosalyn, a un par de metros de él.

Todavía les separaban unos diez metros de la nave alienígena, cuando una puerta de guillotina se abrió.

Lenta y silenciosamente.

Al propio tiempo, una rampa surgía de debajo de ella.

Edwin se detuvo, siendo imitado por Rosalyn.

Segundos después, la puerta estaba totalmente abierta y la rampa tocaba el suelo.

—Parece que nos invitan a subir, Rosalyn —habló Edwin, utilizando el micrófono que llevaba acoplado a su escafandra.

—Es una trampa, Edwin —respondió la joven, por el mismo procedimiento.

—Sí, tal vez lo sea.

—¿Insistes en entrar?

—Sí.

—Dios nos proteja.

—Vamos —indicó Edwin, poniéndose nuevamente en movimiento.

Rosalyn le siguió.

Edwin alcanzó la rampa y empezó a subir por ella.

Rosalyn vaciló un instante, pero subió también la rampa.

Entraron en la nave, iluminada por una luz ámbar, que salía de las paredes interiores del extraño vehículo espacial.

Entonces descubrieron la llama azulada que brotaba de la cúspide de una pirámide hexagonal regular, de metal muy parecido al oro.

La pirámide, colocada sobre una especie de pequeño altar, mediaría no más de cincuenta centímetros de altura, mientras que la llama no sobrepasaría los veinticinco.

Rosalyn se asustó.

Pensaba que le iba a ocurrir como en el baño de su habitáculo, donde quedó totalmente paralizada por la maldita llama azulada,

hasta el punto de no poder ni siquiera parpadear o apartar los ojos de ella.

Afortunadamente, no fue así.

Rosalyn comprobó que podía moverse con absoluta normalidad, e incluso hablar.

—¡Es la llama que surgió eh mi habitáculo, Edwin! ¡De ella salió el extraterrestre!

Edwin Shine apretó con fuerza su fusil de rayos láser, la boca del mismo apuntada a la llama azulada.

Si salía algún ser de allí, apretaría el gatillo y lo desintegraría, como ya hiciera en la base con el que adoptó su personalidad.

Pero ningún ser surgió de la llama.

Sí, en cambio, de una puerta que se hallaba en el punto opuesto de la nave, perfectamente disimulada.

Apareció sigilosamente.

Edwin y Rosalyn, atentos a la pirámide de metal y a la llama que brotaba de ella, no repararon en la presencia del ser que había surgido a sus espaldas, y que les observaba en silencio.

Rosalyn fue la primera en descubrirle.

Hubiera querido avisar inmediatamente a Edwin, pero la sorpresa la dejó sin voz.

Y la verdad es que había para eso y para más.

Se trataba de una mujer.

Joven, espléndidamente formada, de pelo corto, muy rubio, ojos brillantes e inquietos, nariz pequeña y graciosa, que aleteaba con mucha frecuencia...

Un rostro, en suma, aniñado, picaro y travieso.

Sí.

RosalynAshford se estaba viendo a sí misma.

Vestida de otra manera, pero era ella.

Su doble lucía una finísima túnica, tan corta, que el pantaloncito brillante, la única prenda que llevaba bajo ella, asomaba por debajo.

Al cinto, una espada corta, en forma de rayo.

Sobre la cabeza, una preciosa diadema.

Al cuello, un collar idéntico al que luciera el doble de Edwin Shine.

Las botas eran tan altas que le cubrían totalmente las rodillas.

El hecho de que la extraterrestre no empuñara su peligrosa espada, tranquilizó un poco a RosalynAshford, aunque la joven se preguntaba si su doble tendría el mismo poder que el doble de Edwin Shine, y los dejaría paralizados y mudos con su sola mirada.

Pero no.

Rosalyn pudo comprobarlo cuando murmuró:

—Edwin...

—¿Qué?

—Mira...

Edwin giró la cabeza.

Su sorpresa fue tan extraordinaria como la que segundos antes se llevara Rosalyn, aunque no quedó paralizado por ello.

Se revolvió en una fracción de segundo y apuntó con su fusil al ser de otro mundo que se había presentado ante ellos adoptando el físico de Rosalyn.

Su primera intención fue disparar contra él, pero no llegó a hacerlo.

Le contuvo el ver que la doble de Rosalyn no recurría a su peculiar espada, dando claramente a entender que no quería pelea, sino diálogo.

Edwin se limitó a observaría.

Su atractivo rostro, sus hermosos senos, que la descarada transparencia de la túnica permitía contemplar, la redondez de sus caderas, la perfección de sus muslos...

Toda ella era un calco perfecto del físico de Rosalyn.

De pronto, la mujer extraterrestre levantó su mano derecha, con suavidad, y señaló una pantalla electrónica, rectangular, que había en la pared, sobre un extraño aparato.

Edwin y Rosalyn miraron hacia allí, con cierto recelo.

En la pantalla empezaron a aparecer palabras en lengua terrestre:

«Me llamo Zuba, y soy la esposa de Okol, a quien tú, Edwin Shine, desintegraste con tu pistola.»

Edwin volvió a mirar a la mujer alienígena, temiendo que ella quisiera vengar la muerte de su esposo.

Pero parecía que no era así.

Edwin, aunque vigilando a la doble de Rosalyn por el rabillo del ojo, miró de nuevo la pantalla electrónica, donde seguían apareciendo frases en lengua terrestre:

«No hay deseos de venganza en mí, Edwin Shine, pues encuentro lógico que te defendieras cuando Okol te atacó, en vuestra base. Aunque, como ya visteis, mi esposo no quería causaros ningún daño. Hubiera podido desintegraros con su espada, pero sólo quería dejaros inconscientes.»

Rosalyn miró a Edwin.

Este no hizo ningún comentario, y siguió atento a la pantalla, aunque sin perder totalmente de vista a la mujer alienígena.

«Sé que ambos desconfiáis de mis palabras, pero os repito que no deseo vengarme de vosotros. Si así fuera, ya lo habría hecho. Pude desintegrar vuestra nave, en lugar de obligarla a posarse en el fondo del cráter, después de dejaros a los dos inconscientes.»

Era una verdad como un templo.

La doble de Rosalyn siguió hablando a través de la pantalla electrónica:

«Okol y yo procedemos de una lejana galaxia, de la que fuimos expulsados hace ya muchos años terrestres. Nuestro delito, único delito, fue unir nuestros cuerpos sin estar casados, como vosotros lo llamáis, lo cual está terminantemente prohibido en nuestro planeta. Okol y yo fuimos introducidos en esta pequeña nave y lanzados al espacio, no sin antes someterme a mí a una cruel operación, para que no pudiera tener hijos.»

Rosalyn sintió un estremecimiento.

También Edwin acusó las últimas palabras de la mujer extraterrestre.

Esta prosiguió:

«Eso fue lo que impulsó a Okol a poseer a una de las mujeres de vuestra base, NikolinaZlateva, y a tratar de poseerte a ti también, RosalynAshford. Queríamos tener un par de hijos, por lo menos, para que nuestro exilio espacial no fuese tan triste y aburrido. Yo no puedo tenerlos, pero Okol sí podía engendrarlos. Como nosotros somos mutantes, y podemos adoptar cualquier forma, Okol adquirió tu personalidad, Edwin Shine, para no asustar demasiado a NikolinaZlateva, la mujer que ya había elegido para engendrar el primer hijo. No obstante, y para evitar posibles complicaciones, adormeció sus músculos y sus cuerdas vocales, como más tarde hiciera contigo, RosalynAshford. Pero os trató a las dos con suma delicadeza, y se esforzó por proporcionaros el mismo placer que el verdadero Edwin Shine os hubiera proporcionado.»

Edwin y Rosalyn cambiaron una mirada.

La mujer alienígena continuó:

«Desgraciadamente, Okol ha muerto. Pero NikolinaZlateva va a tener un hijo suyo. Un hijo que la doctora Mitchell quiere destruir, lo cual os ruego que impidáis. Me pertenece, aunque no se esté formando en mi vientre. Os suplico, pues, que regreséis a la base y pidáis a la doctora Mitchell que no interrumpa el embarazo. deNikolinaZlateva. Dentro de seis días terrestres, exactamente, el hijo de Okol nacerá, y vosotros me lo traeréis. Yo partiré inmediatamente, con mi nave, y nunca más volveréis a saber de nosotros. Si no hacéis lo que os pido, y la doctora Mitchell destruye al hijo de Okol, el peso de mi cólera caerá sobre la base, y todos moriréis. Os aseguro que puedo, destruiros a todos. Nuestros organismos se alimentan de energía, de ahí nuestro infinito poder.»

La última frase de la mujer extraterrestre hizo reflexionar a Edwin Shine.

Llegó pronto a una conclusión.

Y no le gustó nada.

Rápidamente tomó una decisión.

Arriesgada, pero necesaria.

Se volvió con brusquedad hacia la pirámide de metal y disparó sobre ella con su fusil.

El rayo láser desintegró en el acto la pirámide, dejando al descubierto lo que había dentro de ella.

RosalynAshford, que no entendía por qué Edwin

había disparado contra la pirámide, lanzó un grito de horror al descubrir lo que ésta albergaba.

¡Era un cerebro!

¡Un cerebro vivo, que palpitaba acompasadamente!

¡De él brotaba la llama azulada!

La pirámide de metal debía de servirle de protección, y al ser destruida por el rayo láser, el cerebro, varias veces mayor que el de un ser humano terrestre, comenzó a arrugarse, a encogerse, a segregar un líquido glutinoso y grisáceo, al tiempo que la llama azulada que brotaba de él decrecía por segundos.

Edwin Shine se volvió hacia la mujer extraterrestre.

Si les atacaba, con su espada lanzadora de rayos purpúreos, estaban listos, pues de nada serviría que ellos le disparasen con sus fusiles de rayos láser.

Sería como tratar de apagar un fuego con un soplete.

Sí.

No se podía destruir una energía con más energía.

Y eso tenía el ser extraterrestre en su cuerpo, energía.

Una energía que le proporcionaba el voluminoso cerebro que había estado protegido por la pirámide de metal.

Por eso había disparado Edwin sobre la pirámide.

Si destruía la «cosa» que producía aquella energía, el ser extraterrestre perdería todo su poder, y dejaría de ser peligroso.

Afortunadamente, así sucedió.

El ser alienígena sufrió una terrible mutación, recobrando su forma natural.

Una forma horrible.

Espantosa.

Tenía cuerpo de gusano, y unos ojos aterradores.

Un ser realmente escalofriante.

Aunque podía mantenerse perfectamente erguido, cayó al suelo y empezó a retorcerse.

Edwin sabía que se estaba muriendo.

Le faltaba la energía que producía el enorme cerebro, y que era vital para su existencia.

Edwin se desentendió por un instante del espeluznante ser y observó el cerebro.

Ya casi se había derretido por completo, y la llama azulada que brotara de él se había extinguido totalmente.

Edwin se volvió nuevamente hacia el horripilante ser de otro mundo.

Había dejado de retorcerse.

Estaba muerto.

Edwin vio que Rosalyn se tambaleaba, y se apresuró a sostenerla, antes de que se derrumbara.

—¿Te sientes mal, Rosalyn?

—Tan mal, que creo que voy a desmayarme... —respondió débilmente la joven.

—Ya acabó la pesadilla, Rosalyn. Hemos destruido al extraterrestre, y destruido también lo que le daba vida.

—¿Por qué lo hiciste, Edwin?

—El alienígena cometió un error, al hacernos saber que su cuerpo se alimentaba de energía. Entonces lo comprendí todo.

—¿Qué comprendiste?

—Este ser era el mismo que poseyó a Nikolina y trató, por dos veces, de poseerte a ti, sólo que entonces suplantaba mi personalidad, y ahora había adoptado la tuya, para seguir llevando a cabo su plan.

—¿Qué...?

—Sí, Rosalyn. Yo creía que lo había desintegrado con mi pistola de rayos láser, pero no le hice nada. Él tenía energía en su cuerpo, y yo no podía hacerle daño enviándole más energía.

—Pero, el ser se convirtió en humo rojo...

—Una argucia suya, para hacernos creer que lo habíamos destruido. Y le salió bien, nos engañó a todos.

—¿Y toda esa historia que nos ha contado hace un momento...?

—Puede que hubiera algo de cierto en ella, pero muy poco. Es posible que fuera expulsado de esa lejana galaxia, cuyo nombre no mencionó, pero solo, y por otro motivo.

—¿Y lo de tener hijos con mujeres terrestres...?

—Eso es lo que más me preocupa. Ignoro lo que pretendía realmente con ello, pero te apuesto a que nada bueno para la seguridad de la base.

Rosalyn se estremeció.

—Me asustas, Edwin...

—¿Por qué?

—¿Has olvidado que Nikolina espera un hijo de ese escalofriante

ser?

—La doctora Mitchell lo destruirá, Nikolina dio su conformidad.

—Tengo la extraña sensación de que la doctora ¿Mitchell va a tener problemas para destruir ese feto, Edwin.

—¿Por qué?

—No lo sé, pero lo pienso.

—Esperemos que no sea así. Vamos, regresemos a la base cuanto antes. He de informar de todo a tu padre.

—¿Funcionará ya nuestra nave, Edwin?

—Seguro.

Edwin Shine y RosalynAshford abandonaron la nave extraterrestre.

CAPITULO XII

Graham Ashford, que se encontraba en su despacho, saltó de su asiento al ver entrar a Debra Mitchell. Pálida.

Temblorosa.

Desencajada.

—Debra…

—¡Graham! —gritó ella, arrojándose en sus brazos. El jefe de la base marciana «JUNO» la estrechó contra sí.

—Cálmate, Debra, y cuéntame lo sucedido.

—¡Se trata de Nikolina!

—¿Qué pasa con ella?

—¡No puedo operarla!

—¿Por qué?

—¡El ser que lleva dentro se resiste a ser destruido! —¿Qué…?

—¡Ruge como un animal salvaje, cada vez que me acerco a él!

Graham Ashford la cogió por los hombros y, con delicadeza, la obligó a separarse de él y la miró a los ojos. —¿Sabes lo que estás diciendo, Debra?

—¡Sí!

—¿Y lo crees posible?

—¡Oí claramente sus rugidos, Graham !

—¿No sería que estabas asustada, porque sabías que ese ser había sido engendrado por un extraterrestre, y lleva un desarrollo anormal?

—¡Estaba asustada, sí, pero no por eso!

—¿Por qué, entonces?

Debra Mitchell le habló del sueño que había tenido, despierta, NikolinaZlateva.

Graham Ashford sonrió.

—Empiezo a entender, Debra,Nikolina tuvo ese sueño dormida, aunque ella creyó que estaba despierta, y por eso se aterrorizó. Terror que te contagió a tí, cuando te habló de su pesadilla, y ésa es la causa

de que creyeses que el ser que Nikolina lleva en su vientre rugía cada vez que tú intentabas realizar la operación.

La doctora Mitchell sacudió la cabeza.

—¡No fue fruto de mi imaginación, Graham, tienes que creerme!

—Es sólo un feto de tres meses, Debra…

—¡Pero no es normal, Graham! ¡Fue engendrado por un ser de otro mundo, poseedor de extraños poderes!

Graham Ashford le acarició la sedosa mata de cabellos rojos.

—Está bien, Debra. Iré contigo y estaré presente durante la operación.

—Aun así, no creo que me atreva a…

Graham Ashford le cubrió la boca con la mano.

—Tú eres una mujer valiente, Debra. Realizarás esa operación, y todo irá perfectamente.

Debra Mitchell asintió levemente con la cabeza.

Graham Ashford retiró su mano de la boca de ella, la besó suavemente en los labios, e indicó;

—Vamos, Debra.

Caminaron los dos hacia la puerta.

En el instante en que salían del despacho, Edwin y Rosalyn aparecían por el extremo del corredor.

Graham y Debra los esperaron.

—¿Ocurre algo, Edwin? —preguntó el jefe de la base, captando la preocupación en el rostro del joven y en el de su hija.

Edwin Shine le informó de todo.

Graham Ashford y Debra Mitchell quedaron terriblemente impresionados, de manera especial la doctora, al conocer que la forma natural del ser extraterrestre era la de un enorme gusano de ojos aterradores.

—Esa, seguramente, será la forma del ser que lleva Nikolina en sus entrañas... —murmuró Debra, estremeciéndose.

—¿Todavía no la ha operado usted, doctora? —preguntó Edwin.

—No. Lo tenía todo dispuesto para intervenirla, pero... ¿Se lo cuento, capitán Ashford?

Graham Ashford asintió mudamente.

Debra Mitchell refirió a Edwin y Rosalyn lo sucedido.

Esta recordó:

—¿No te dije que la doctora Mitchell tendría problemas para destruir ese feto, Edwin...?

—Sí, parece que tu presentimiento estaba justificado, Rosalyn.

—Lo conseguiremos, no lo dudéis —aseguró Graham Ashford.

—Hay que darse prisa, capitán —apremió Edwin—. Ignoro el poder que pueda tener ese ser, todavía a medio formar, pero si sabe que el cerebro que daba vida a su padre, ha sido destruido por nosotros, hará algo más que tratar de impedir que la doctora Mitchell lo destruya a él.

Graham Ashford, Debra Mitchell y Rosalyn, clavaron los ojos de Edwin Shine.

—¿Qué quieres decir, Edwin? —inquirió el jefe de la base.

—Si ese pequeño ser esperase tranquilamente el momento de su nacimiento, es obvio que, en el preciso instante en que la doctora Mitchell cortase el cordón umbilical, él dejaría de existir, al faltarle la energía que alimentaría su cuerpo. Si todavía vive, es porque Nikolina lo alimenta con su sangre. Por ello, temo que si ese ser sabe lo que le espera, obligue a Nikolina a cometer una barbaridad.

—¿Como por ejemplo...? —preguntó Rosalyn, con un hilo de voz.

Edwin los miró a los tres y, gravemente, respondió:

—Destruir la base.

—¡Cielos, no! —gimió Debra Mitchell.

—¡Démonos prisa, Edwin! —gritó Graham Ashford—. ¡Hemos de impedir que eso suceda!

Se dirigieron los cuatro velozmente al consultorio de la doctora Mitchell.

* * *

NikolinaZlateva, después de que la doctora Mitchell huyera de ella, aterrorizada por sus palabras y el par de rugidos emitidos por el ser que llevaba en sus entrañas, permaneció algunos minutos sobre la mesa de operaciones, sin abandonar la postura de parto.

Su rostro seguía teniendo una expresión anormal, peligrosa.

Y es que estaba dominada por el diabólico ser que tan rápidamente crecía en su vientre.

Las amenazas que ella lanzara a la doctora Mitchell, para atemorizarla, habían sido dictadas por él.

¡Por un feto de tres meses!

De pronto, el cuerpo de Nikolina sufrió una sacudida, tan violenta, que casi se cayó de la mesa de operaciones.

Nikolina se agarró con fuerza a ella, al tiempo que lanzaba un aullido de dolor.

Pero de nada le sirvió agarrarse a la mesa.

Otra terrible sacudida la hizo caer al suelo, donde quedó, completamente desnuda, sobre la sábana que había arrastrado en su caída.

Nikolina se retorció en el suelo como un gusano, los ojos apretadamente cerrados, la boca abierta, emitiendo continuos gritos de dolor, las manos crispadas sobre su vientre, como si quisiera agarrar al ser que se estaba gestando en él.

Un ser que estaba sufriendo un ataque de furia, al enterarse, por una especie de ondas telepáticas, de la muerte del ser que lo había engendrado y de la destrucción del cerebro que alimentaba él

organismo de éste, y que debía alimentar el suyo también, cuando naciera.

Nacimiento que ahora ya no serviría de nada, pues él moriría también.

Pero no solo.

Los terrestres morirían con él.

La base entera saltaría en pedazos.

El la haría saltar, utilizando a la mujer terrestre que lo albergaba en su seno.

Dominó su furia, para que NikolinaZlateva dejara de retorcerse y de sufrir.

Luego, le ordenó que se vistiera y se dirigiera a la sala donde se hallaba la pila atómica, cuya energía liberaría, provocando la total destrucción de la base marciana «JUNO».

NikolinaZlateva se irguió lentamente y se vistió como un autómata, abandonando seguidamente el consultorio.

* * *

Escasos minutos después, irrumpían en el consultorio Graham Ashford, Edwin Shine, la doctora Mitchell y Rosalyn, comprobando que NikolinaZlateva ya no se encontraba allí.

—¡Se ha marchado! —exclamó Debra Mitchell.

—Habrá regresado a su habitación… —pensó Rosalyn.

—No, no lo creo —rechazó Edwin—. Allí nada malo puede hacer, y yo sigo pensando que el ser que lleva dentro de sí quiere provocar la destrucción de la base, acabar con todos nosotros. ¿Sabe usted dónde iría yo, si quisiera que la base entera estallara en pedazos, capitán Ashford?

Graham Ashford sintió una oleada de frío.

—¡La pila atómica! —exclamó.

Edwin Shine dio una cabezada.

—Exacto.

—¡Corramos hacia allí, Edwin!

Le dieron de nuevo los cuatro a las piernas.

NikolinaZlateva había llegado ya a la sala cuyo interior, en un recinto adecuado, se hallaba la pila atómica.

La puerta estaba custodiada por dos guardias de seguridad.

—¿Adonde vas, Nikolina? —preguntó uno de ellos, mirando con simpatía a la joven.

—Tengo que hablar contigo, Wolfgang —respondió ella.

—¿Conmigo?

—Sí; a solas.

Wolfgang, un robusto sujeto de origen alemán, se volvió hacia su compañero.

—Vuelvo en seguida, Viktor.

—No tardes —rogó el llamado Viktor, un polaco igualmente alto y fornido.

Wolfgang se alejó con Nikolina, aunque sólo unos metros, los justos para que Viktor no pudiera oír lo que hablaban.

—¿De qué se trata, Nikolina? —preguntó, parándose.

—Verás, yo…

Nikolina movió la mano con rapidez y se apoderó de la pistola de rayos láser que llevaba al cinto el guardia de seguridad, saltando inmediatamente hacia atrás.

Wolfgang quedó paralizado por la sorpresa.

—¿Qué significa esto, Nikolina…? —balbució.

La muchacha apretó el gatillo.

Por fortuna, la pistola de Wolfgang estaba al mínimo de su potencia, y el rayo que brotó de ella y alcanzó en el pecho al sorprendido guardia de seguridad, no produjo la desintegración de éste, sino que sólo lo dejó inconsciente.

Viktor, el otro guardia de seguridad, trató de empuñar su pistola, igualmente regulada a la mínima potencia, pero Nikolina disparó de nuevo la de Wolfgang y lo dejó sin sentido.

Salvado el obstáculo que suponían los dos guardias de seguridad, NikolinaZlateva corrió hacia la puerta de la sala, abriéndola con su mando de control remoto.

Penetró rápidamente en la sala.

Perdió unos segundos contemplando la gruesa puerta de acero que cerraba la cámara que albergaba la pila atómica.

Luego, caminó resueltamente hacia ella.

De pronto, oyó la voz de Graham Ashford:

—¡Detente, Nikolina!

La joven dio un respingo y se volvió, descubriendo al jefe de la base, a quien acompañaban Edwin Shine, Debra Mitchell y Rosalyn.

Los dos primeros corrieron hacia ella, al ver que iba armada.

Nikolina, sin dudarlo un segundo, les apuntó con su pistola y accionó el gatillo.

El rayo láser no alcanzó a ninguno de los dos, gracias a que Edwin se arrojó sobre Nikolina un instante antes de que ella disparara, derribándola al suelo.

Edwin Shine no se anduvo con chiquitas.

Sabía que Nikolina obraba así dominada por el ser que llevaba en sus entrañas, y de un seco puñetazo en el mentón la dejó inconsciente.

Graham Ashford respiró hondo.

—¡Uf!, menos mal que llegamos a tiempo, Edwin.

—Sí, pero aún falta lo más importante, capitán Ashford: destruir

el ser que domina la voluntad de Nikolina —repuso el joven, mirando a la desvanecida muchacha.

* * *

NikolinaZlateva se hallaba de nuevo sobre la mesa de operaciones, inconsciente todavía.

Con el fin de que no causase problemas si se despertaba durante la intervención, la doctora Mitchell le inyectó la anestesia que en la ocasión anterior rechazara Nikolina.

Luego, se dispuso a realizar la operación.

Miró a Graham Ashford, Edwin Shine y Rosalyn, que se hallaban con ella.

—Adelante, Debra —le sonrió suavemente el jefe de la base.

La doctora Mitchell tomó el aparato ginecológico que debía mantener abierta la vagina de Nikolina.

Fue entonces cuando se escuchó el primer rugido, acompañado, esta vez, de una fuerte sacudida del inerte cuerpo de Nikolina.

Debra Mitchell retrocedió, aterrada.

No menos aterrada se hallaba Rosalyn.

—¡Sujetémosla, Edwin! —gritó Graham Ashford, abalanzándose sobre Nikolina.

Edwin le imitó en el acto.

—¡Vamos, Debra! —ordenó Graham Ashford.

La doctora Mitchell, dominando su terror, se acercó nuevamente a NikolinaZlateva.

Se escucharon nuevos rugidos, cada vez más feroces, y el cuerpo de Nikolina sufrió nuevas sacudidas, cada vez más violentas, pero Graham Ashford y Edwin Shine, con la colaboración de Rosalyn, que se había unido a ellos, impidieron que Nikolina se moviera demasiado,

y Debra Mitchell, aunque con las dificultades propias del caso, pudo llevar a cabo la operación y, con ella, la destrucción de aquel maldito engendro, que luchó hasta el último segundo por impedirlo.

Después, el cuerpo de Nikolina, bañado en sudor a causa de tanta sacudida, quedó tranquilo y relajado, liberado ya del pequeño y endemoniado ser que tantos problemas y tantos sufrimientos le había causado.

EPILOGO

RosalynAshford se disponía a meterse en la bañera, cuando sonó el timbre de su habitáculo.

Se puso la corta bata de baño y fue en busca de su mando de control remoto, con el que abrió la puerta.

—¿Soy inoportuno, Rosalyn? —carraspeó Graham Ashford.

—Claro que no —le sonrió la joven—. Me disponía a bañarme, pero ya lo haré después. Vamos, pasa —rogó.

Su padre penetró en el habitáculo.

Rosalyn cerró la puerta y preguntó:

—¿Cómo sigue Nikolina?

—Perfectamente, aunque no recuerda nada de lo que le obligó a

hacer el ser que llevaba en su seno.

—Pobre Nikolina. Menos mal que todo acabó bien.

—Y se lo debemos a Edwin. El descubrió la verdad, y destruyó el cerebro que daba vida, con la energía que producía, al ser extraterrestre.

—Edwin tiene mucho valor.

—Rosalyn...

—¿Qué?

—Tengo que decirte algo.

—Te escucho.

—Se trata de la doctora Mitchell.

—Está enamorada de ti.

Graham Ashford respingó.

—¿Lo sabías...?

—Se le nota cuando te mira. Lo mismo que se te nota a ti, cuando la miras a ella.

—¿Y tú...?

Rosalyn sonrió encantadoramente.

—Me haría muy feliz vuestra unión, si es eso lo que quieres saber. Casi tanto como la mía con Edwin, si es verdad que me quiere y me propone matrimonio.

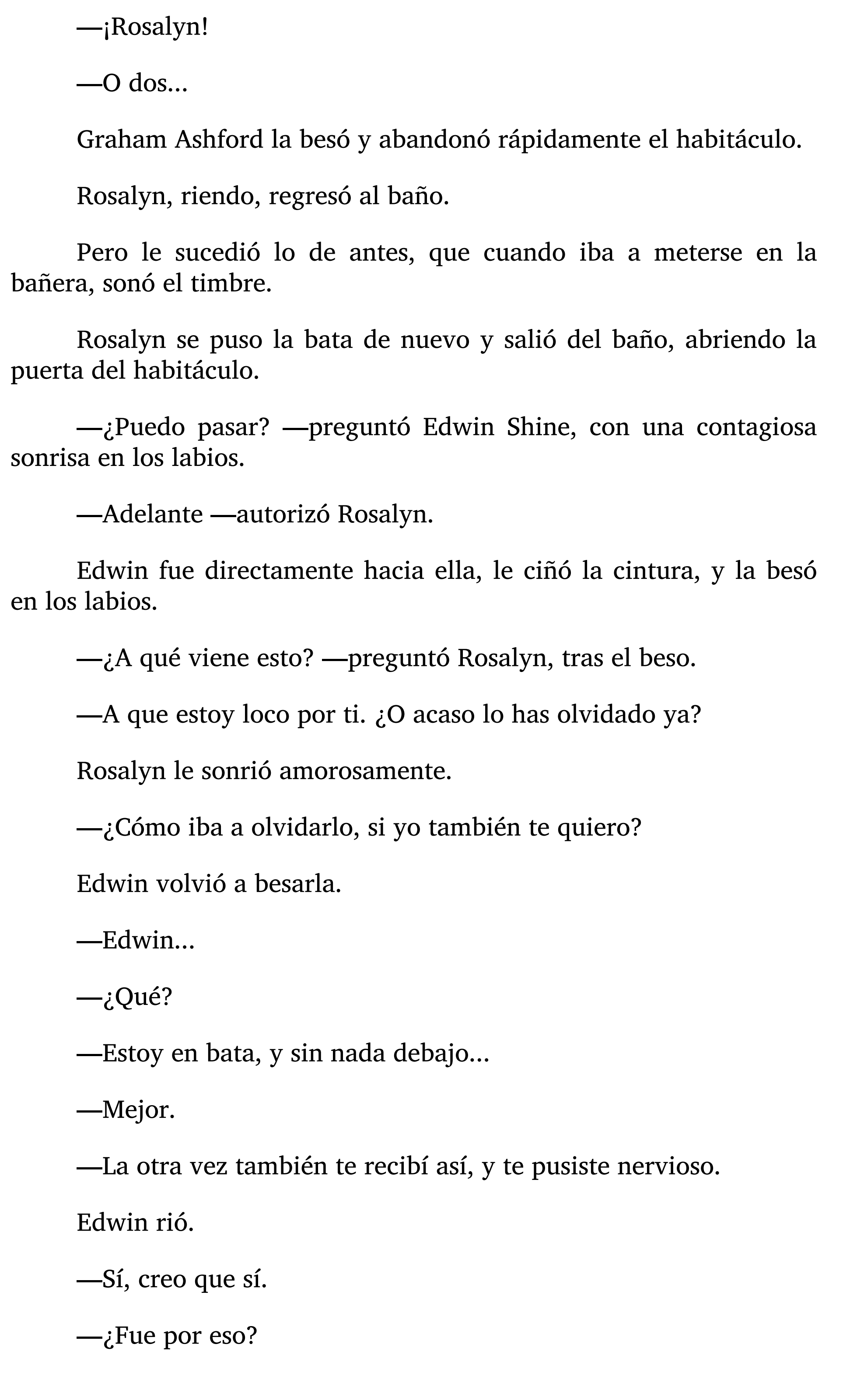
Graham Ashford la abrazó, emocionado.

—Eres una maravilla de hija, Rosalyn.

—Y tú una maravilla de padre.

—Corro a decirle a Debra que apruebas nuestro matrimonio. Va a saltar de alegría.

—Dile que luego iré yo a darle un abrazo, y a decirle que no me importaría tener un hermanito.



—¡Rosalyn!

—O dos...

Graham Ashford la besó y abandonó rápidamente el habitáculo.

Rosalyn, riendo, regresó al baño.

Pero le sucedió lo de antes, que cuando iba a meterse en la bañera, sonó el timbre.

Rosalyn se puso la bata de nuevo y salió del baño, abriendo la puerta del habitáculo.

—¿Puedo pasar? —preguntó Edwin Shine, con una contagiosa sonrisa en los labios.

—Adelante —autorizó Rosalyn.

Edwin fue directamente hacia ella, le ciñó la cintura, y la besó en los labios.

—¿A qué viene esto? —preguntó Rosalyn, tras el beso.

—A que estoy loco por ti. ¿O acaso lo has olvidado ya?

Rosalyn le sonrió amorosamente.

—¿Cómo iba a olvidarlo, si yo también te quiero?

Edwin volvió a besarla.

—Edwin...

—¿Qué?

—Estoy en bata, y sin nada debajo...

—Mejor.

—La otra vez también te recibí así, y te pusiste nervioso.

Edwin rió.

—Sí, creo que sí.

—¿Fue por eso?

—¿Te importa que devolvamos el sofá a su sitio?

—¿Tiene algo que ver con tu nerviosismo de entonces?

—Mucho…

—Está bien, hagamos el cambio.

Se situaron uno a cada extremo del sofá.

Al agacharse, ocurrió lo de la otra vez, que la bata de Rosalyn se abrió por arriba y sus bellos senos quedaron visibles.

Edwin, por el momento, no dijo nada.

Cargaron con el sofá y lo llevaron a su lugar primitivo.

—Quédate unos segundos así, Rosalyn —rogó Edwin,

—¿Agachada?

—Sí.

—¿Por qué?

—Si te miras la bata, y luego vuelves la cabeza y miras el espejo que tienes detrás, sabrás por qué me puse nervioso la otra vez.

Rosalyn hizo lo que le decía Edwin.

Dio un gritito al ver que mostraba sus pechos.

Y otro al descubrir que también enseñaba el trasero.

Se irguió bruscamente, las mejillas teñidas de rubor, mientras Edwin reía con ganas.

—¡Eres un maldito sinvergüenza, Edwin!

—¿Por qué?

—¡Debiste avisarme de lo que ocurría!

—No me atreví.

—Era más divertido mirar, ¿eh?

—Valía la pena, desde luego.

—Y yo que creí que se te había puesto la cara roja por el esfuerzo…

Edwin fue hacia ella y la abrazó.

Rosalyn forcejeó con él.

—Suéltame o te pongo negro el otro ojo —amenazó.

—¿Por qué te enfadas? En el consultorio de la doctora Mitchell te vi completamente desnuda…

—No volverás a verme más. Ni desnuda, ni vestida.

Regreso a la Tierra, ¿sabes?

—¿En viaje de luna de miel?

Rosalyn dio un simpático respingo.

—¿Me estás proponiendo…?

—Sí.

—¡Edwin!

—¿Aceptas?

—¡Pero ya!

Estrechamente abrazados, cayeron sobre el sofá.

Edwin se apresuró a abrir la bata de Rosalyn.

Empezó a besarla.

En los ojos, en los labios, en el cuello, en los senos…

Besos suaves, tiernos delicados.

Al propio tiempo, sus manos acariciaban cada centímetro de su piel, cada rincón de su cuerpo.

Rosalyn, por un momento, pensó que se hallaba en brazos del ser extraterrestre que adoptara la personalidad de Edwin, pues todo era idéntico.

Pero no tardó en tranquilizarse.

El ser que tan hábilmente la besaba y la acariciaba, obligándola a estremecerse de placer, era tan terrestre como ella.

El verdadero Edwin Shone.

F I N